

PUNTO
ROJO

espérame en tu fosa

silver kane



BB

ESPERAME EN TU FOSA

JOHNNY
LIONEL

ELLEN





SILVER KANE

ESPERAME EN TU FOSA

Colección PUNTO ROJO n.º 200

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO**



Depósito Legal B 35338 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: febrero 1966

© SILVER KANE - 1966

sobre el texto literario

© MIGUEL GARCIA - 1966

sobre la cubierta

© ORTEGA Y COSTA - 1966

sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966
N. R. 386/66

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

921 → Jinetes en la niebla.

En Colección SERVICIO SECRETO:

810 — Recuerdos para el difunto.

En Colección SALVAJE TEXAS:

451 — La viuda de Satanás.

En Colección KANSAS:

315 — Hijo de la muerte.

En Colección BUFALO:

624 — Los ojos del buitre.

En Colección ASES DEL OESTE:

338 — Llegó para matar.

En Colección PUNTO ROJO:

181 — Cita en el más allá.

En Colección METRALLA:

49 — ¡Os ordeno morir!

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

176 — Las rubias mueren llorando.

En Colección BRAVO OESTE:

220 — El jinete de Nebraska.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

19 — Rumbo al más allá.

En Colección COLORADO:

409 — Los caballistas.

En Colección CALIFORNIA:

459 — Vendo mi cadáver.

CAPÍTULO PRIMERO

Johnny dejó el coche estacionado ante su casa, situada en las afueras de Londres. Era un caserón amplio y antiguo, de dos pisos, grandes habitaciones y un jardín delantero desde donde trepaban las hiedras hasta las ventanas superiores de la casa.

Johnny la miró mientras giraba la llave de contacto y descendía del veloz automóvil.

En aquella mansión habían vivido sus abuelos y sus padres, que a su vez habían muerto en la misma. También allí, en Lionel Manor, había nacido él. Sus correrías a lo largo y ancho del mundo no le habían hecho olvidar aquella casa, a la que, por el contrario, amaba cada día más.

Penetró en el jardín con paso largo y elástico, de hombre joven acostumbrado al deporte. Johnny tenía entonces veintiséis años y era uno de los corredores automovilistas más famosos del mundo. Aquello le obligaba a un continuo entrenamiento y a una constante puesta en forma.

No se puede conducir un bólido a velocidades suicidas sin ser perfecto dueño de unos músculos y unos nervios que sean de acero.

Por otra parte Johnny era alto, tenía los cabellos rubios y la expresión más bien dulce. Pese a ser un hombre de acción, muchos de sus compañeros le decían que tenía aspecto de sentimental y de poeta.

Siempre acostumbraba a vestir ropas deportivas, pero en esta ocasión llevaba un traje oscuro y elegante, de irreprochable corte, y un sombrero hongo en su mano derecha. No en vano venía de un funeral.

Candie, la vieja sirvienta, le abrió la puerta.

—Hola, Johnny. Hace frío, ¿eh?

—Sí. Esta mañana llega del Támesis una endiablada humedad.

Entró del todo en el vestíbulo, depositó el sombrero sobre una mesa y miró sonriendo a Candie, aunque en aquella sonrisa había un mucho de tristeza.

Ella, que le conocía bien, susurró:

—Ha sido penoso, ¿verdad?

—A nadie le gusta enterrar a su mejor amigo.

—No comprendo cómo Ted se pudo matar, y además en una prueba sin ninguna importancia. Era un piloto muy experto.

—Desde luego. Y también era un piloto prudente, que no se dejaba

llevar por el vértigo de la velocidad. Había ganado pruebas importantes y un mal día decidió correr, casi en plan de entrenamiento, aquella prueba sin importancia y en la que apenas se ventilaba nada. Su coche patinó en un curva y voló materialmente por los aires... —Johnny

apretó los labios, sin poder disimular su gesto de tristeza. Fue espantoso, algo que a veces aún me despierta por las noches. En fin... por desgracia todo ha terminado, y está mañana hemos dado sepultura a Ted... Éramos más de quinientas personas en la ceremonia.

—Algún día esas mismas quinientas personas se reunirán otra vez Johnny, pero para tu propio entierro.

Johnny sonrió.

—No te gusta que corra, ¿verdad?

—No me gusta nada. Es la profesión más peligrosa que existe. ¡Si hasta deberían prohibir las carreras de automóviles! En cada una de ellas hay por lo menos un muerto. Y creo que si tu madre viviera también te diría lo mismo que yo, Johnny.

—Seguro.

—Deberías pensar seriamente en dejar eso. Tú eres también un buen ingeniero, y encontrarías enseguida un trabajo mejor. Tu madre, cuando murió hace años, me pidió que velara por ti, Johnny, pero tú no me has hecho caso jamás. A veces pienso que sería bueno poder darte azotes, como cuando eras un niño.

Johnny palmeó afectuosamente la mejilla de la vieja sirvienta, en un gesto lleno de cariño.

—Te prometo que yo también he pensado en eso, Candie. No es que tenga miedo a la muerte en sí, pero me horroriza una muerte inútil y estúpida, como lo son casi todas las que se producen en accidente. Tenía que salir para Estados Unidos a fin de participar en la prueba de Annapolis, y he pedido que me eliminaran. Voy a pasar unas breves vacaciones en Inglaterra; las pasaré aquí, en esta casa.

Candie se echó en sus brazos.

—¡Johnny, pequeño, qué alegría me das!

A pesar de su fortaleza y de su elevada estatura Johnny siempre sería el “pequeño” para ella.

Repitiendo su palmadita afectuosa, el joven subió a su habitación, situada en el primer piso, y se dispuso a cambiar sus ropas demasiado elegantes por otras más deportivas, que le permitieran cuidar de su jardín, muy abandonado últimamente.

Fue entonces cuando oyó aquel sonido. Aquel ruido extraño producido por alguien que avanzaba arrastrando una de sus piernas.

Johnny, que estaba cambiándose su camisa, se detuvo, parpadeando confuso.

Aquel sonido le recordaba no sabía qué de su infancia. Era un ruido que entonces le despertaba durante las noches, que se convertía para él en una especie de pesadilla, y aún durante el día continuaba obsesionándole. Hacía años que no lo escuchaba, y ahora volvía a oírlo, como si las viejas pesadillas volvieran.

Pero no, no se trataba de un sueño.

Alguien golpeó con los nudillos en la puerta, y seguidamente, apenas él dio su permiso, hizo girar el pomo.

Un hombre de unos cincuenta años entró en la habitación.

Era un hombre bien vestido, fuerte, con los cabellos algo canosos, y que se apoyaba en un bastón de empuñadura de plata.

Johnny le abrazó con una expresión de sorpresa.

—¡Tío Edward!

—Hola, Johnny.

—Hacía... ¡Hacía quizá doce o catorce años que no nos veíamos, tío Edward!

—Sí, muchacho. El tiempo pasa de un modo increíble. Me parece que fue ayer cuando te dejé siendo un niño y ahora... ahora...

—No hay que ponerse triste. Tú estás hecho un verdadero jovencito —le animó Johnny.

—Si no fuese por esta maldita pierna no me quejaría de la vida, pero...

Johnny la miró. Observó también el elegante bastón en que su tío se apoyaba.

Los recuerdos de su infancia volvían, pero ahora eran claros, limpios y concretos.

—Al oír antes el ruido que producías al avanzar me pareció un sueño —murmuró Johnny—. Hace años, cuando tú tuviste el accidente que te dejó así, llegaste a sufrir horriblemente de los nervios, porque no querías aceptar tu destino, y paseabas durante horas y horas, por las noches, a lo largo de ese mismo corredor. Yo no podía dormir tampoco. Confieso que aquellos pasos me... me daban miedo. Luego tú te fuiste, y ha transcurrido tanto tiempo que los había olvidado ya. Pero celebro que no sea un sueño, tío Edward. Solo puedo decirte... ¡bienvenido a Lionel Manor! Bienvenido a esta casa!

Edward se sentó pesadamente en una de las butacas que había junto a la ventana del dormitorio. Una ventana por la que penetraba solamente la luz gris y plomiza de Londres.

—Desgraciadamente no podré estarme mucho tiempo aquí, muchacho.

—¿Vas a irte de nuevo?

—He de hacerlo. Sabes que yo era el único hermano de tu padre y que ambos heredamos una regular fortuna. Así como tu padre puso algunos

negocios en Inglaterra, y no le fueron del todo mal, yo estuve viviendo en esta casa sin saber qué hacer durante algunos años, hasta que sobrevino lo de mi accidente. Entonces me encontré con una cantidad de dinero que ya iba siendo bastante pequeña y con un grave defecto físico. Reflexioné y decidí largarme a Australia, a probar fortuna. Las cosas no me han ido mal del todo allí.

—¿Tienes una granja?

—Eso fue al principio. Luego puse un negocio de exportación de pieles que ha prosperado mucho más de lo que creí. Soy, verdaderamente, en estos momentos, un hombre rico. ¿No necesitarás tú algún dinero, Johnny? Eres mi único sobrino y de verdad me gustaría ayudarte.

Johnny sonrió con aquella expresión de irresistible simpatía que era peculiar en él.

—Gracias, tío Edward, pero a mí las cosas no me van mal tampoco. Habrás oído hablar de mí como piloto de carreras.

—Sí, y ya sé que eso da dinero según y cómo. Pero también produce la muerte. Mi idea, Johnny, y el motivo de que me haya trasladado unas semanas a Londres, aparte el deseo de ver esto otra vez, es que dejes esa profesión estúpida. Yo no me he casado y no tengo hijos. Mi negocio es bueno, pero cuando me muera se irá al diablo. Habré trabajado para nada. ¿Por qué no vienes conmigo a Australia? Tú podrías llegar a tener allí un magnífico porvenir.

—No me seduce nada el negocio de los cueros, tío Edward.

—Bueno, yo también pensaba eso al principio... Pero ganar dinero siempre es un deporte bonito, Johnny... Más bonito que ganar carreras de automóviles. Como estaré aquí durante algún tiempo, descansando, espero llegar a convencerte, muchacho.

Johnny sonrió de nuevo.

—Es posible, pero no tengas demasiadas esperanzas.

Edward se puso en pie, y Johnny se dio cuenta de que, de no ser por el defecto de su pierna, hubiera sido un hombre en magnífica condición física, e incluso peligroso en caso de pelea.

—Comprendo que no debí darte esta sorpresa —dijo el visitante—, sino advertir mi llegada, pero, ¿qué quieres? Tomé esta decisión de pronto y vine a Londres en el primer avión. Los viejos ya no tenemos demasiado tiempo que perder.

—Tú no eres viejo, tío Edward. Precisamente estaba pensando, al verte ponerte en pie, que estás más fuerte que nunca.

—Gracias, muchacho. Y ahora, si me lo permites, voy a dar una vuelta por mi amada ciudad de Londres. Todo esto ha cambiado mucho, ¿eh? Antes vivíamos casi en el campo. Ahora la ciudad propiamente dicha está apenas a media milla.

—Sí. Pronto la urbe nos absorberá y seremos unos aburridos

ciudadanos más.

Tío Edward le dio una palmada en la espalda y salió, arrastrando su pierna inútil.

Johnny terminó de vestirse, encendió un cigarrillo y bajó al jardín. Después de la muerte de su amigo Ted le había reconfortado bastante la visita de tío Edward. Tomó unas tijeras de podar, y al abrir la puerta exterior, se dio cuenta de que había algo en el departamento del correo.

Una postal.

Johnny la tomó y comprobó con sorpresa que se trataba de una postal de Londres, gris y pasada de moda, curiosamente sobada y vieja. La letra era de mujer.

Pero lo que más le llamó la atención fue la fecha:

5 de enero de 1926. ¡Cuarenta años atrás!

Johnny estaba perplejo, porque además la tarjeta postal iba dirigida a su padre, muerto varios años antes.

La firmaba Sally Donovan.

Decía:

“Te suplico que nos veamos, Ralph. Me han dicho que vas a casarte, que vas a unirte con otra, pero no quiero creer en esa horrible mentira. ¡Dios santo! Es necesario que nos veamos inmediatamente. Si lo haces por miedo, porque has creído todo lo que te contaron acerca de la horrible leyenda de mi familia, yo te demostraré que no es verdad. Tengo pruebas. Pero sobre todo ven a verme, Ralph. ¡Ven a verme sin pérdida de tiempo, apenas recibas esta postal!

“Siempre tuya,

“Sally Donovan”.

* * *

Johnny parpadeó, confuso.

Alguien había pedido a su padre que le visitase urgentemente, apenas recibida aquella postal... ¡y la postal, por un azar del destino, había tardado cuarenta años!

Johnny había oído hablar años antes, confusamente, de aquella Sally Donovan. Por lo visto era una muchacha con la que su padre había estado prometido, y con la que rompió de pronto sin que quisiera contar a nadie los motivos. La tarjeta que ahora tenía en las manos debía ser la última, la desesperada súplica de una muchacha que se negaba a ver rotas todas sus ilusiones.

Pero la postal había tardado cuarenta años...

Vio en aquel momento al cartero que servía la zona, y que pasaba en su bicicleta ante la cancela del jardín. Le llamó.

—Es por lo de la tarjeta, ¿verdad? —preguntó el funcionario.

—Sí. No lo comprendo.

—Yo tampoco. A veces se producen, en Correos, estas anomalías inexplicables. Una postal o una carta que quedan olvidadas en el resquicio de un cajón, una saca que se cree vacía y se arrincona, pero en su fondo queda algo... Si quiere presentar una denuncia está en su derecho. Yo mismo pensaba preguntárselo.

—No... No quiero perjudicar a nadie —dijo pensativamente Johnny—. Además esto trascendería a los periódicos, y la publicidad no me interesa. Ya está bien así, gracias.

—A usted.

El cartero se alejó, mientras Johnny daba vueltas a la postal entre sus manos, pensativamente.

Vio salir a la vieja Candie.

—¿Tú recuerdas a Sally Donovan?

La sirvienta parpadeó, confusa.

—Oh, es una antigua historia.

—Mi padre la mencionaba muy pocas veces, pero tú la conoces bien. ¿Por qué no me la cuentas?

—Es una tontería, Johnny. Además, no sé a qué viene eso.

Johnny se abanicó con la postal.

—Puede ser el destino, que ha querido resucitar todo aquello. Dime, ¿qué ocurrió?

La vieja Candie desvió la mirada. Le temblaban las manos.

—Quizá sea una historia absurda, Johnny —musitó—, pero tu padre hubo de romper con Sally Donovan, esa mujer, porque ella tenía relaciones con el diablo.

CAPÍTULO II

Ahora las manos que temblaron fueron las de Johnny.

No había nadie en el mundo que creyese menos que él en las historias de brujería, pero el tono de voz de la vieja Candie indicaba que algo muy extraño palpitaba detrás de todo aquello.

Guardó la postal en uno de sus bolsillos.

—Vamos, explícate mejor —susurró.

Yo no sé apenas nada... Solo lo que contaba a la gente. ¡Además es una historia tan vieja! Sé que tu padre, siendo muy joven, iba a casarse con esa Sally Donovan. Ella era una muchacha encantadora, no creas, y de muy buena familia. Tenía todo lo que se puede tener: Educación, belleza, nombre, y una montaña de libras esterlinas. Pero su familia estaba rodeada de una leyenda maldita.

—¿Qué clase de leyenda?

—Una persona de cada tres generaciones se volvía loca, asesinaba, gritaba y decía ver al diablo. Ya sabes cómo somos en Inglaterra. Las familias guardan aquí su árbol genealógico y saben de sus antepasados de la Edad Media casi tanto como de sus propios hijos. Se había podido establecer sin lugar a dudas que con los Donovan, cada tres generaciones, sucedía esa cosa horrible.

Johnny parpadeó de nuevo.

En boca de otra persona, aquellas palabras le hubieran hecho reír, pero con Candie era distinto. Ella nunca decía lo que no fuese cierto. Además, sus interpretaciones de los hechos acostumbraban a ser bastante exactas, porque tenía una elevada dosis de sentido común.

—Sigue, por favor —susurró.

—Tu padre no hizo caso de esa historia, pero... pero un día hizo cálculos y se dio cuenta de que la persona que debía volverse loca y asesina era la descendiente de Sally Donovan. Es decir, el hijo que ambos tendrían, si llegaban a casarse.

—Mi padre era una persona muy sensata —murmuró Johnny—. Si él tomó esa dramática decisión fue porque creyó que la historia era cierta.

—Sin duda lo creía. Y además la historia es cierta, Johnny. No podemos

dudarlo.

—¿Fue eso lo que movió a mí padre a no unirse en matrimonio a esa mujer?

—Sí, fue eso. Él tenía miedo... Compréndelo. A veces el riesgo que aceptaríamos para nosotros no lo queremos para nuestros hijos. Al pensar que él podía tener un descendiente loco y asesino, se estremecía de horror. Yo lo comprendo, y siempre he disculpado aquel acto. El sintió mucho tener que romper aquella boda, e incluso hizo un largo viaje para olvidar a Sally.

Al regreso, conoció a la que luego sería tu madre. Tú ya sabes que tu madre, Johnny, era una mujer alegre y desenvuelta, que siempre tenía la risa en los labios. Ella le hizo olvidar lo sucedido y se casaron. Yo los traté desde el primer día y sé que fueron un matrimonio completamente feliz, hasta que los separó una temprana muerte.

—Lo sé. Lo sé yo también.

La voz de Johnny había sonado extrañamente ronca.

Sí, sus padres habían sido felices, y sin duda merecían serlo. Pero, ¿y Sally Donovan? Allí, en su mano, él tenía la patética y postrera llamada de una mujer que solo pedía el favor de ser escuchada. Una mujer que quizá lloró mil veces pensando que Ralph, el padre de Johnny, no había querido darle ni aquella oportunidad... ¡sin sospechar que Ralph nunca recibió aquel mensaje!

—Oye, Candie...

—¿Qué, Johnny?

—¿Has sabido algo más de Sally Donovan?

—No... Bueno, es decir, me parece que ella también se casó después de bastantes años... En la vida todas las heridas cicatrizan, aunque sigan marcadas sobre la piel. Luego ya no supe nada.

—¿Vivía muy lejos?

—¿Qué estás pensando, Johnny?

—Estoy pensando que le debo una explicación.

—Johnny... ¡No tienes ninguna necesidad de hacer eso!

—¿No sabes dónde vivía?

—No, te lo juro que no.

Johnny miró el matasellos de la postal: "Eton". Era para empezar, una buena pista.

—Voy a salir —dijo—. Quizá no regrese hoy.

—Johnny, yo no sé lo que dice esa postal, pero...

—No te preocupes, Candie. No dice nada malo, sino al contrario.

Le palmeó afectuosamente la mejilla y subió de nuevo a su habitación para cambiarse de ropa.

Instantes después salía en su poderoso "Jaguar" especial doce cilindros, en dirección a la cercana Eton.

CAPÍTULO III

Como todo el mundo sabe, Eton es una de las típicas ciudades estudiantiles inglesas. Oxford y Cambridge tienen más solera y reúnen en su sede a estudiantes universitarios, mientras que Eton se dedica a estudiantes de enseñanza secundaria. Pero estos pertenecen a las más ilustres familias, están obligados a llevar chaqué continuamente y a vivir una existencia de acuerdo con las más severas tradiciones anglicanas.

Johnny llegó allí en muy poco tiempo, pues su coche era veloz y además Eton se encuentra a muy poca distancia de Londres.

Una vez allí, preguntó por la dirección de Sally Donovan en un establecimiento de bebidas.

—Sally Donovan murió hace algunos años. Casi todo el mundo asistió a su entierro en Eton.

Johnny hizo un gesto de contrariedad.

Le dolía, le hería en lo más hondo que aquella pobre mujer hubiese muerto sin tener la menor explicación del hombre a quién amó, sin recibir la menor noticia.

—Gracias —dijo—. Lamento que tenga que darme esa noticia.

—¿Era usted amigo de la familia?

—No, no conocía a esa mujer, pero tenía que darle una noticia. Ahora ya no es necesario.

—Puede dar la noticia a su hija, si es realmente importante.

—Ah, pero... ¿Sally tenía una hija?

—Sí. Se llama Ellen. Nació al cabo de bastantes años de su matrimonio, cuando Sally era ya bastante mayor. No llegó a disfrutar mucho tiempo de la compañía de la pequeña, porque murió poco después.

—¿Y el padre?

—Murió también.

Johnny entornó los párpados.

He allí dos destinos que parecían paralelos. Sus propios padres habían muerto, y los de Ellen, aquella desconocida, también. Los dos, en cierto modo, estaban solos en el mundo, y además unidos por la misma triste historia. Un fuerte deseo de conocer a aquella muchacha se adueñó

repentinamente de él.

—¿Vive ella en Eton? —preguntó.

—Sí, por supuesto. Sale poco de la ciudad, puesto que tiene que estar al cuidado de una sobrina. ¿Quiere verla?

—Le agradeceré que me dé su dirección.

—Es una casa que está a tres millas de aquí. Se llama Stanley Manor. Una casa vieja, de planta noble. La encontrará fácilmente si toma la carretera que lleva a Liverpool.

—Gracias.

Johnny dejó media libra de propina. El tabernero advirtió:

—Oiga, no sé si debería decírselo...

—¿Qué?

—Esa muchacha, Ellen, se ha hecho visitar muchas veces por los médicos. Existe sobre esa familia una tradición que no gusta a nadie.

—La conozco.

—Bueno, pues entonces allá usted... Yo sé lo he dicho para que no cometa ninguna indiscreción.

—Comprendo. Otra vez gracias.

—Buen viaje.

Ya en la puerta, Johnny se volvió.

—Oiga...

—¿Algo más?

—Quería preguntarle si últimamente ha ocurrido algo. Es decir, si Ellen lleva una vida normal.

—Sí. Normal completamente.

Johnny se tranquilizó.

Si la teoría médica era cierta, a Ellen la correspondía sufrir los efectos de la locura. Evidentemente a esto obedecían las frecuentes consultas de la muchacha a los médicos, de que acababa de hablarle el tabernero. Pero si no había ocurrido nada, era porque la muchacha estaba libre de aquella maldición.

En cuestiones de herencia nadie ha dicho aún la última palabra. Los científicos se mueven en un mar de dudas.

Johnny se sentó de nuevo al volante y condujo a poca velocidad, buscando una indicación que le condujese a Stanley Manor.

La encontró poco más allá. Era una artística flecha de hierro forjado que señalaba un camino vecinal a la izquierda.

Johnny rodó por aquel camino, siempre a poca velocidad, y atravesó una larga extensión de bosque.

Era una zona hermosa, pero solitaria y triste, en la que parecía flotar algo siniestro.

¿Era quizá por la luz plomiza del día? ¿Tal vez por el silencio espectral que reinaba allí, un silencio solo roto por el susurro del viento al flotar

entre los árboles?

Johnny iba sintiendo algo que hasta entonces no había sentido nunca.

No era miedo, no era aprensión. Más bien hubiera podido definir aquel sentimiento como una especie de religioso respeto. El silencio y la soledad penetraban en él, le hacían pensar cosas en las que, normalmente, no hubiera pensado nunca.

Entonces vio la casa.

Era, como le habían dicho, un magnífico edificio de noble planta. La fachada era de piedra, y las hojas de hiedra trepaban por ella, enmarcando las ventanas. Un extenso jardín cubierto de césped daba al ambiente una grata sensación de paz. Un riachuelo, para que no faltase nada, pasaba a un lado del edificio, que era uno de los más hermosos y tranquilos que Johnny recordaba haber visto.

Un magnífico coche “Wembley” estaba estacionado ante él. Aquello parecía lógico, porque sin automóvil los moradores de aquella casa se hubieran sentido aislados de la más cercana población.

El joven detuvo su coche y descendió de él, mirando con curiosidad las ventanas.

Fue entonces cuando detrás de una de éstas escuchó aquel grito, aquel alarido de muerte.

* * *

Johnny se movió inmediatamente, sin reflexionar. El instinto actuó por él.

De pronto se encontró corriendo hacia la entrada de la casa, que franqueó velozmente.

Un lujoso vestíbulo apareció ante sus ojos. El grito no había vuelto a sonar. Johnny vio una solemne escalera de piedra que trepaba hasta el piso superior, y se dispuso a subir por ella.

En aquel momento una voz le detuvo:

—¿Qué desea, señor?

Johnny se volvió. Un estirado mayordomo le contemplaba desde unas yardas de distancia.

—He oído un grito —dijo Johnny.

—Cierto, señor. Ha tenido que ser la señorita Priscille.

—¿Priscille?

—¿No la conoce, señor?

Ante la mirada recelosa del mayordomo, Johnny tuvo que aclarar que no había oído aquel nombre en su vida.

—Es la sobrina del dueño de la casa, señor.

—Comprendo...

—¿Puedo preguntarle qué desea, señor?

Johnny señaló el coche a través de la ventana.

—He venido para...

—Ah... ¿es suyo ese coche, señor?

—Cierto...

El mayordomo cambió enseguida de actitud. Su expresión recelosa desapareció. Debió pensar que un hombre que llegaba en aquel bolido de precio incalculable no podía ser de ningún modo un ladrón, como había temido al principio.

—Le ruego que me acompañe a la sala de espera, señor. Supongo que quiere ver a la señorita Ellen. Le atenderá dentro de unos minutos.

—¿Pero no le ocurre nada a Priscille? ¿No es posible que ella necesite ayuda?

—No, señor. Se trata solo de una alucinación. Le ha venido ocurriendo en las dos últimas semanas.

—¿Una alucinación...?

—Exacto, señor —dijo el mayordomo, sin perder para nada su rígida postura oficial.

—¿Y... qué es lo que ve esa pobre muchacha?

—El señor se reiría si se lo dijera. Todos estamos seguros de que es algo que se curará pronto y por eso se ha puesto en manos de los médicos. Además la señorita Ellen ha pedido que no hagamos aspavientos sobre eso: que finjamos no oírla.

—Comprendo...

—Es lo primero que piden los médicos. Que no se cree en torno a esa pobre niña un ambiente especial. Y por eso solo la atiende la señorita Ellen, cuando... cuando ocurre eso.

Johnny se mordió el labio inferior.

—No me ha contestado del todo —murmuró—. No me ha dicho qué es lo que ve esa pobre niña.

—Es absurdo, señor...

—Por absurdo que sea, le ruego que me conteste.

—Ella, señor, dice que ve al diablo.

CAPÍTULO IV

Johnny se encontraba solo en aquella habitación inmensa, llena de cuadros de magníficas firmas. Estaba rodeado por los muebles suntuosos y por todos esos pequeños y costosos detalles que hacen tan acogedores los hogares de la aristocracia inglesa.

Pero él no se daba cuenta de nada de eso.

Estaba aturdido.

Las últimas palabras que le había dicho el mayordomo, antes de dejarle solo, aún pesaban en su cráneo.

¡Dios santo! ¡La leyenda era verdad! ¡Y la maldición de la familia se había centrado, no en Ellen, sino en aquella pobre niña, en Priscille, a la que él no conocía aún!

Con todos los nervios en tensión, aguardó.

El grito no se había repetido.

Todo en la casa era silencio, tranquilidad, armonía. Se tenía allí una placentera sensación de paz.

A Johnny le parecía que había transcurrido un tiempo interminable cuando oyó aquel taconeo en la habitación contigua.

Hay veces en que los simples pasos de una mujer que avanza da la sensación de agilidad, de juventud y de belleza. Uno oye un taconeo y siente deseo de conocer a la mujer que lo causa. Fue esa sensación la que tuvo Johnny.

La puerta se abrió.

Una muchacha de veinte años aproximadamente apareció en el umbral.

Johnny, que había viajado por todo el mundo, sabía que las inglesas no suelen ser, por lo general, mujeres demasiado llamativas, pero la que sale guapa lo es en todos los sentidos. Y aquella lo era. Unía a la suavidad de su piel una cabellera de indefinible color bronce, una gran elegancia de movimientos, un tipo esbelto y unas piernas que, si uno las miraba durante demasiado rato, mareaban.

Ella también le miró con atención.

Pareció apreciar de una rápida ojeada la magnífica contextura física de Johnny, su elegancia y aquella especie de apostura natural que se

desprendería de cada uno de sus gestos.

Sin embargo su encuentro no fue el de dos seres que se gustan, uno de esos encuentros que tantas veces se dan en las películas sentimentales y en las novelas rosa. Ahora fue distinto. Una especie de ambiente trágico parecía envolverles a los dos.

Ella entró en materia enseguida.

—Me han dicho que quería verme...

—Sí. Usted es Ellen, supongo.

—En efecto.

—Me llamo John Lionel. Todo el mundo me llama Johnny.

—Johnny Lionel. He oído alguna vez ese nombre.

—Soy piloto de carreras. He ganado algunos premios y me he roto algunas costillas. Eso da popularidad.

—Sí, ahora recuerdo... He leído ese nombre en los periódicos. Pero desgraciadamente yo no entiendo nada de automóviles, Johnny. Me limito a conducir el mío por la carretera sin correr demasiado.

—No he venido por eso.

—¿Por qué, entonces? Oh, pero debe perdonarme... No le he preguntado si quería tomar una taza de café.

—Preferiría un sorbo de *whisky*.

—Tengo un par de excelentes marcas escocesas. Un momento, por favor.

Se inclinó para retirar una botella de un mueble bar. Al inclinarse, su corta falda tomaba una posición peligrosa. Las piernas de aquella muchacha, cabalgando sobre unos altísimos tacones, eran como para hacer perder el sentido a cualquiera.

Ella se volvió de pronto y notó, con esa especial intuición de las mujeres, cuál había sido la dirección de la mirada de Johnny.

Se sonrojó levemente.

—Su *whisky*.

Bebieron en silencio un instante. Luego ella dijo con un soplo de voz:

—Espero que ahora me diga a qué ha venido, Johnny.

—Mi padre se llamaba Ralph Lionel. No sé si ese nombre significará para usted alguna cosa.

—Pues... no, de momento no.

—Sé que su madre se llamaba Sally Donovan.

—Johnny, en realidad no comprendo por qué...

—Nuestros padres estuvieron a punto de casarse, Ellen. Le ruego que lea esta postal.

Le entregó la que acababa de recibir aquella misma mañana. Ellen susurró, nada más verla:

—Es la letra de mamá...

—Justo. Y esta postal ha tardado cuarenta años en llegar a su destino.

Una de esas cosas inexplicables que a veces ocurren en las oficinas de Correos mejor organizadas del mundo, y que de vez en cuando leemos en los periódicos. Creo que la tarjeta postal que tiene en las manos cambió el destino de dos vidas, Ellen.

Ella musitó, con la mirada perdida:

—Ahora recuerdo esa historia... Fue una tragedia en la vida de mamá. Lo que ocurre es que ella apenas la mencionaba nunca.

—Tampoco mi padre.

—No comprendo lo sucedido... ¡Pensar que si ellos se hubieran visto, tal vez las cosas hubiesen sido muy distintas...!

—Sí. Y probablemente también hubiera sido diferente nuestro nacimiento, Ellen.

Ella bebió pensativamente otro sorbo de *whisky*.

—Dios santo, no lo comprendo.

—Hay cosas en el destino que parecen irreales, muchacha. He aquí que nosotros, que no nos habíamos visto nunca, estamos unidos por extraños y secretos lazos.

Ella le miró.

De repente su serenidad parecía haberse roto, y en el fondo de sus ojos brillaban dos lágrimas.

—Johnny... ¿Por qué has venido?

Era como si le conociese desde siempre, como si ya hubiera un secreto entre los dos.

—Al leer esta postal he sentido algo muy extraño —musitó Johnny—. Creí que tu madre vivía y que, en nombre de mi padre, al que ella no vio más, le debía una explicación. Estaba seguro de que ella, Sally Donovan, tenía un alma sensible. De que no me echaría a cajas destempladas, ahora que habían pasado los años y ella se había casado con otro.

—No, te hubiera recibido amablemente. Mamá fue una esposa modelo, pero nunca, en el fondo de su corazón, consiguió olvidar a tu padre. Aunque no hablaba de eso, yo llegué a notarlo. Supe también que había algo que atormentaba su vida.

—Seguramente el no haber recibido respuesta a esa dramática llamada. Ella no supo que la postal que ahora tienes en la mano no había llegado nunca a poder de mi padre.

Ellen dijo inesperadamente:

—Supongo que su compromiso se rompió por lo que la gente decía acerca de nuestra locura hereditaria.

—Pues... bueno, yo no puedo asegurar nada... Pero supongo que efectivamente fue por eso. Claro que mi padre no debió hacer caso jamás de semejantes patrañas. La gente habla y a veces no piensa que...

De pronto Johnny se detuvo.

Las lágrimas brillaban aún más en los ojos de la muchacha. Los labios

de ésta se habían plegado en una mueca.

—No intentes animarme, Johnny. Cuando la gente habla, generalmente tiene razón.

—Pero...

—Tu padre hizo muy bien en no contraer ese matrimonio.

—Tú... tú eres una muchacha normal.

—Pero no Priscille.

—¿Priscille es la niña que... que ha gritado antes?

Johnny no sabía cómo hablar de aquello. La situación le era difícil e increíblemente molesta.

—Justo —dijo ella—, la muchacha que gritó antes, y cuyo grito tú oíste por casualidad. Priscille es hija de la única hermana de mi madre, la cual murió de un parto al tenerla. Siempre ha vivido conmigo, y la quiero más que a una hermana. ¡Además es tan débil, tan chiquilla...! ¡Dios santo! La maldición se ha abatido sobre nosotros con tanta rapidez que ya no sé ni qué pensar... Siento como si viviera una espantosa pesadilla. Hace solamente unos días que empezó todo.

—¿Es... es cierto que ve al diablo?

—Desgraciadamente, sí. Se trata de una alucinación, claro, pero para ella es tan cierto como si me viera a mí misma.

—¿Qué dice el médico?

—Por ahora él tampoco lo comprende. Lo único que pide, de momento, es que no creemos ningún clima especial en torno a la niña. Sería espantoso que ella se diese cuenta de que la miramos como a una loca. ¡Y yo esto, tan sola! Tan espantosamente sola...!

Johnny sintió deseos de acariciarle los cabellos, pero se contuvo. La muchacha había perdido los últimos restos de su serenidad. Lloraba mansamente.

Fue entonces cuando Johnny decidió, en secreto, que él iba a quedarse en aquella casa.

CAPÍTULO V

Ellen había dicho que por el momento era mejor que no viese a Priscille.

—Ella descansa susurró—. Después de sus crisis, suele caer en Un gran abatimiento. Los médicos aconsejan que se la deje descansar.

A Johnny le había parecido muy razonable aquello.

—¿Qué es lo que Priscille ve exactamente?

—Ella dice que al propio diablo.

—Pero eso es absurdo... Nadie sabe cómo es el diablo en realidad. Nadie puede asegurar que lo ha visto.

—Sin embargo hay ilustraciones que lo reproducen, de acuerdo con la fantasía de los dibujantes. Ella dice que ve algo parecido. Son alucinaciones, sin duda, pero a todos nos causan una impresión horrible.

—¿Es lo mismo que vuestros antepasados veían?

—Parece que sí. Según los informes médicos que figuran en los archivos de mi familia, algunos de mis antepasados también vieron al diablo. Luego cometieron espantosos crímenes...

—¿Son seguros esos informes?

—¡No hay duda acerca de su certeza. Mis familiares siempre han pertenecido a la aristocracia inglesa, y pudieron permitirse el lujo de pagar a los mejores médicos. Algunos de ellos eran los propios doctores de la Corona. Sus opiniones eran exactas.

—¿Qué crímenes cometieron tus antepasados?

—Extraños asesinatos... También las investigaciones judiciales constan en los archivos de mi familia... Por eso te digo que no hay ninguna duda acerca de esa horrible verdad.

Johnny había quedado convencido.

No, desgraciadamente no quedaba ninguna duda.

Y ahora pensaba en eso, en tanto caminaba solitario por los grandes jardines que rodeaban la mansión, y mientras un extraño y aprensivo silencio lo envolvía todo.

Poco antes se había despedido de Ellen.

Aún le parecía sentir en su mano el calor de la mano temblorosa de la

muchacha. Aún creía ver el temblor de sus párpados, cubriendo los ojos anegados en llanto.

Después de esa despedida, Johnny no había tenido valor para alejarse de allí.

Quería averiguar todo lo ocurrido, ansiaba saber qué misterio se ocultaba tras los muros de aquella casa.

Y ahora caminaba solitario por los inmensos prados que la rodeaban, sin saber exactamente qué hacer. Sin saber en qué sentido orientar sus pesquisas.

Él no era un detective, sino un piloto de carreras. Carecía de experiencia en aquella clase de asuntos.

Mientras pensaba en ello, distinguió una pequeña figura quieta junto al río que pasaba cerca de un lado de la casa.

Era una niña.

Se trataba de una pequeña de unos diez años de edad, vestida con ropas elegantes y de calidad, pero más bien un poco anticuadas.

Sus facciones eran dulces y bellas, aunque aquella niña estaba algo pálida.

Lanzaba pequeños guijarros al río y miraba con ojos inmóviles las ondas concéntricas que se formaban en las aguas.

Tuvo un violento sobresalto cuando en las mismas aguas vio reflejarse confusamente la figura de un hombre que estaba a su espalda.

Se volvió de repente. La sonrisa simpática de Johnny la tranquilizó.

—No te preocupes, muchacha... Yo soy un amigo de Ellen.

La pequeña, que había estado a punto de salir corriendo, relajó sus músculos. En aquel ambiente de grata paz, junto al río, su pequeño cuerpo destacó lánguido sobre la verde capa de hierba.

—¿Tú eres amigo de Ellen...?

—Sí... He estado hace un momento con ella.

—Ah...

—Y tú debes ser Priscille, sin duda.

—Sí.

—¿No estabas descansando? ¿Cómo es que ahora estás aquí, junto al río?

—Me he escapado.

—¿Por qué?

—Aquí me siento bien.

..Johnny sonrió amigablemente otra vez.

Se daba cuenta de que la niña se iba tranquilizando por momentos, y de que no le resultaría difícil entablar amistad con ella.

Y añadió en voz alta:

—¿Por dónde, te escapas, Priscille? Te prometo que no diré nada a Ellen.

—Hay allí un cuarto de trastos viejos... Allí, en la casa... Desde él sale una escalerita que lleva al jardín sin que a una la vea nadie.

—Eres muy lista, Priscille... Me parece que eres mucho más lista que Ellen.

—No hagas caso.

—¿Y por qué vienes al río, Priscille?

—Porque aquí no veo a nadie.

—¿Y en tu habitación...? ¿Ves a alguien?

Ella desvió la mirada.

Por un instante Johnny vio temblar sus labios y palpar la incipiente curva de su seno.

—No veo a nadie...

Johnny susurró:

—También a mí me ocurren cosas parecidas, Priscille.

—¿A ti...?

—Yo también veo a un hombre de color rojo.

—¿Tú...?

Johnny había desviado la mirada. Intentaba que ella no se diera cuenta del brillo de angustia y de expectación que había en sus ojos.

—Sí, a mí también me ocurre lo mismo.

—Es que yo no veo a un hombre vestido de rojo.

—¿No...?

—Lo que veo es una sombra. Sombras de gentes que están en los cuadros.

—¿Qué cuadros?

—Los que están en el vestíbulo. Y los que hay en la escalera.

Johnny recordaba vagamente los cuadros que había visto al entrar en la casa. Como todas las grandes mansiones inglesas, los retratos de los antepasados adornaban el vestíbulo y la gran pared en que se apoyaban las escaleras de piedra. ¿Era aquello lo que veía la niña? ¿Qué clase de increíbles alucinaciones eran las suyas?

Susurró:

—¿Y qué cuadros ves? ¿Todos?

—No. Solo dos o tres.

“Quizá los retratos de los dos o tres asesinos que hubo en la familia”, pensó lejanamente Johnny.

Y añadió en voz alta:

—A mí me ocurre algo distinto. Yo veo algunas veces a un hombre vestido de rojo.

—¿Te da miedo?

—No, no me da miedo porque yo soy mayor.

—A mí sí y mucho. Porque parece como si esas figuras que veo fuesen a cogerme con sus manos.

—¿Y gritas?

—Sí, grito... Grito con todas mis fuerzas. Me da muchísimo miedo...

—Quizá yo pueda ayudarte.

—¿De qué modo?

—Primero tendrías que enseñarme qué personas de los cuadros son las que ves y en qué sitio de la casa se te aparecen.

—En mi habitación... y a veces en el cuarto de los trastos viejos.

—¿Solo tú entras en ese cuarto?

—Sí, yo sola.

—¿Y cuánto tiempo hace que ves a esas personas?

—Pues... no sé... Unos diez días.

Johnny pensó que es más fácil curar unas alucinaciones que acaban de empezar. De ningún modo Priscille era aún una enferma grave. Sin duda conseguirían salvarla.

—Te propongo un trato —dijo de repente Johnny.

—¿Tú...?

—Es un pequeño secreto. Haremos una cosa sin que se entere Ellen.

—¿Qué cosa?

—Volveremos a la casa y tú me enseñarás qué personas de esos retratos son las que ves. Pero no le diremos nada a Ellen.

—No, no le diremos nada. Siempre que yo veo una cosa así, ella me hace encerrar en mi habitación y me dice que descanse. Yo no puedo descansar. Lo que me ocurre es que tengo más miedo...

—Pero ahora será distinto. ¿Vamos?

—Cuando quieras.

La muchacha parecía mucho más animada. Dio la mano a Johnny, sin ninguna desconfianza, y ambos echaron a andar hacia la casa, siguiendo la línea del río.

De pronto una cosa blanca se abalanzó sobre la niña.

Esta lanzó un gritito, pero más bien de alegría, mientras acogía en sus manos aquella cosa blanca.

Era un hermoso gato, que parecía sentir por Priscille un gran cariño.

Pasaba su hocico por el rostro de la niña y buscaba refugio en los brazos de esta.

Pero cuando Johnny intentó acariciarlo, todos sus cabellos se erizaron, y la postura del gato varió completamente.

Pareció de pronto una fiera dispuesta a saltar. Sacó las uñas, mientras su roja garganta y sus afilados dientes se mostraban al intruso.

Johnny susurró:

—Es extraño...

—No quiere a nadie más que a mí. Si alguien intenta tocarla, se pone como una fiera. En cambio a mí me quiere mucho... Ya ves...

Sí, Johnny lo veía. La gata era muy cariñosa con Priscille, pero no

debía serlo con nadie más. En realidad debía resultar muy difícil acercarse a aquella fierecilla.

—¿Y siempre está contigo?

—Siempre que puede. A Ellen también la quiere un poco, pero a nadie más. Si otros se acercan, los araña.

—Ya veo...

Llegaban a la casa. Esta parecía tan tranquila y silenciosa como antes, bajo la luz plomiza de aquel día.

La gata se desprendió de los brazos de la niña y escapó maullando, sin duda en busca de algún escondite.

—Luego vendrá a mi dormitorio —dijo Priscille, riendo—. Siempre quiere estar conmigo.

Se inclinó para recoger algo del suelo. Era simplemente un cordel que estaba entre el césped.

Maquinalmente la niña hizo un nudo muy bien hecho, un auténtico nudo de marinero, y luego soltó la cuerda.

—¿Sabes que haces los nudos muy bien?

—Un criado que tuvimos me enseñó a hacerlos. Había sido marino. Yo me distraigo con eso siempre que veo una cuerda.

—Bien...

Entraron en la casa por una puerta lateral que no estaba cerrada, sino entornada solamente.

Johnny casi había olvidado ya el detalle de la cuerda cuando los dos traspusieron el umbral.

No sabía que luego volvería a recordar ese detalle y que le quitaría muchas noches el sueño.

CAPÍTULO VI

Tío Edward le entregó una bolsa de tabaco.

—Toma, Johnny, carga tu pipa con esto. Este tabaco lo cultivan en Java y lo secan y empaquetan unos holandeses establecidos desde hace muchos años en Borneo. Es excelente, ya lo verás. Tiene la virtud de calmar los nervios instantáneamente.

—Yo no estoy nervioso.

—Pues lo que me has contado es para estarlo.

Se encontraban los dos en el gran salón de la casa de Johnny, en Londres. Algunos leños crepitaban alegremente en la chimenea, y el ambiente que les rodeaba era el que debió rodear a Sherlock Holmes en sus largas horas de reflexión. El resto de la sala estaba a oscuras, y las llamas proyectaban cambiantes sombras en las paredes.

Los dos hombres fumaron en silencio unos instantes, hasta que tío Edward preguntó:

—¿Dices que esa casa está situada cerca de Eton?

—Sí, y es una mansión magnífica. Yo la recomendaría a cualquiera para una cura de nervios, porque está en medio de la campiña, rodeada de bosques y con un magnífico río que pasa por sus cercanías. Sin embargo, a pesar de tantas ventajas como te digo, uno se siente intranquilo solo al entrar allí. Hasta el susurro del viento entre los árboles tiene algo de siniestro, y hasta bajo las aguas quietas del río parece ocultarse algún cadáver. No lo comprendo.

—Sin embargo, por lo que tú explicas, allí no ha pasado nada.

—No, en realidad no ha ocurrido nada, pero lo que flota en el aire es lo bastante angustioso para cortarle a uno la respiración. ¿Imaginas que lo de esa pobre niña fuera cierto?

—No puede serlo.

—¿Crees que miente?

—No digo tanto, aunque en algunos niños de esa edad se dan a veces casos de simulación extraordinarios. Lo que yo supongo es que, efectivamente, sufre alucinaciones, aunque totalmente sin sentido.

—Es posible, pero...

—¿Qué médico la asiste?

—El doctor Reynolds, de Londres. Es un famoso especialista que incluso ha presidido congresos internacionales.

—Lo conozco. Lo que diga un hombre como Reynolds tiene que ser acertado. ¿Pero qué opina por ahora?

—Sencillamente nada. Tiene a la niña en observación, y ha pedido que la dejen hacer su vida normal. Por lo poco que sé de esas enfermedades, imagino que son muy complicadas y largas.

Tío Edward dio otra chupada a su pipa. El tabaco, en efecto, era excelente. Y se estaba bien allí, al calor de las llamas del hogar, aunque Johnny no podía disfrutar de aquella sencilla satisfacción porque los nervios le pinchaban dentro del cuerpo.

—¿Dices que te enseñó los cuadros de las personas a las que ella veía?
—preguntó tío Edward.

—Sí, en efecto.

—¿Quiénes eran?

—Se trataba de dos hombres y una mujer que pertenecieron a la familia. Bastaba ver sus rostros, en efecto, para darse cuenta de la clase de signo macabro que había marcado sus vidas. El más antiguo de ellos había vivido en el siglo XVII y la mujer en el XIX. Parece que ahora, por ley matemática de herencia, la fatal maldición ha caído sobre esa pobre niña.

—¿Dices que la locura alcanza a una persona cada tres generaciones?

—Así es. He hecho mis cálculos, un poco por encima, y todo resulta exacto. Las víctimas tenían que ser Ellen o su pequeña prima Priscille. Ambas llevan la misma sangre en las venas, y con ellas parecen extinguirse dos ramas de la familia que además casi siempre contrajeron matrimonio entre sí.

—¿Qué clase de tipos eran los que tú viste reproducidos en los cuadros esta mañana?

—El más antiguo, el del siglo XVII, fue, o quiso ser, una especie de sabio que vivía recluido en una torre. Asesinó a un mínimo de ocho personas de la comarca, entre horribles torturas, antes de que la justicia se decidiera a enviarlo a la horca, no obstante su sangre noble. El retrato, a pesar de que el pintor quiso favorecerle sin duda, evoca unos ojos sanguinolentos, unas facciones torcidas y unas manos crispadas. Verle en la realidad, supongo, debía ser muy poco tranquilizador.

—¿Cómo era el segundo?

—Fue un individuo que vivió de sus rentas y no cometió ningún crimen hasta los cuarenta años, al menos que se sepa. Luego se averiguó que muchos de los “accidentes” mortales sufridos por sus criados, los había provocado él. Ese ejemplar varón se dedicaba a estrangular doncellas de las que por algunas causas tenían que transitar por los bosques cercanos a la mansión. Aquellos bosques adquirieron fama de malditos hasta que él

fue ajusticiado. Si no recuerdo mal, lo marcaron con un hierro al rojo, lo tuvieron un par de años encerrado en una mazmorra y luego lo colgaron en la plaza pública. Con su muerte, terminó una pesadilla.

—¿Y el tercero, o mejor dicho la tercera?

—Quizá era la mujer la que daba más miedo —susurró Johnny, después de una larga chupada a su pipa—. Sí, seguramente era ella. ¿Te has dado cuenta de que las mujeres dan más miedo que los hombres? Es extraño... Quizá por la mayor profundidad de sus ojos, o tal vez porque estamos acostumbrados a verlas como seres dulces, el contraste es más pavoroso aún... No sabría decirte. El caso es que aquella mujer del retrato resulta difícil de olvidar. Iba vestida de negro, y sus ojos miraban de soslayo, astutamente. La habían pintado con un puñal en la mano derecha. ¡Por lo visto ella misma lo pidió! Parece que con ese puñal se agazapaba durante las noches en los largos pasillos de la mansión, y cuando alguien se acercaba... ¡ella saltaba con un ululante grito! Mató a más de cinco personas, pero no llegaron a ejecutarla.

Cuando iban a detenerla se lanzó, o cayó, desde una de las torres de la mansión. Me han dicho que allí hay una piedra negra que señala el macabro hecho.

Después de estas palabras, Johnny permaneció en silencio durante largos minutos.

Tío Edward se había puesto en pie y caminaba lentamente de un lado a otro de la pieza, apoyándose en su bastón y arrastrando su pierna inútil. Las llamas proyectaban una larga silueta movediza en las paredes, cada vez que él avanzaba o retrocedía.

Al fin se volvió hacia Johnny.

—¿Cómo has averiguado todo eso con tanto detalle? No te lo pudo contar la niña.

—Tuve tiempo, a última hora de la tarde, de examinar los archivos judiciales en el Tribunal de Old Bailey. Allí está todo reflejado en páginas y páginas de las que solo obtuve un resumen. Priscille, por supuesto, nada sabe de esas negras historias, y por tanto nada pudo contarme tampoco.

Hubo entre los dos otro largo silencio.

Los leños del hogar se habían agotado, las llamas eran menores y ahora estaban casi a oscuras, sumidos en un ambiente fantasmal.

—¿De modo que la niña ve a esos tres personajes? —musitó tío Edward.

—Sí.

—¿Y a ninguno más? Porque supongo que la galería de retratos de la familia es mucho más extensa.

—Por supuesto. Hay docenas de grandes retratos, pero ella solamente ve esos tres.

—Es terrible...

—Más terrible me parece a mí, tío Edward. Sin que pudiera decirte por

qué, he tomado una viva simpatía a esa niña. No quisiera tener que enterarme un día, pasados los años, de que ha cometido un crimen y de que la han encerrado para siempre o van a ejecutarla.

—Lo comprendo. Sin embargo me parece que nada podemos hacer tú o yo. Eso es cuestión del médico que atiende a la niña.

—Sí pero...

—¿Pero qué?

Johnny no contestaba.

Sus facciones, por lo que podía verse a la débil luz de la habitación, se habían vuelto color púrpura.

Una sorda inquietud parecía embargar su ánimo. En sus labios palpitaba algo que no se atrevía a decir.

Tío Edward le miró.

—Bueno, ¿no me contestas?

—Lo que iba a decir es una tontería.

—Pues esa tontería debe preocuparte mucho, porque te ha cambiado la cara del todo.

Ahora también Johnny se puso en pie.

Ya no fumaba, y la pipa apagada reposaba sobre el mármol de una mesita.

—Tío Edward, yo no puedo dudar de que esa niña dice la verdad. A su edad no se miente de un modo tan terrible. Y pienso también que quizá no esté enferma, que a lo mejor es víctima de una maquinación.

—¿Una maquinación por parte de quién?

—De... de...

Johnny parecía no tener fuerzas para hablar.

La misma inquietud de antes invadía su ánimo, pero ahora con más fuerza que nunca.

—Bueno, dilo de una vez —le animó tío Edward.

Él dijo de repente, como si se arrancara una espina de la carne:

—Una maquinación por parte de Ellen.

—Ellen es la muchacha mayor, ¿no? La que pudo ser hija de tu padre.

—Exacto, y me he enterado también de que la casa y la mayor parte de las posesiones de la familia pertenecen a Priscille, la niña. Por lo visto la rama de la familia a la que ella pertenece era la más rica. Y no resulta difícil suponer adonde irá a parar toda esa fortuna si Priscille es declarada enferma mental y recluida de por vida en un manicomio. O sí, obsesionada por lo que ve, llega a cometer un crimen.

Tío Edward apretó los labios, mordiendo su pipa.

Pareció sopesar aquella posibilidad, que no obstante debía molestarle mucho, a juzgar por sus gestos de desagrado y por su forma de arquear las cejas.

Al fin gruñó:

—Tú conoces mejor que yo a esa chica. ¿Qué aspecto tiene?

—La considero incapaz de una cosa así.

—Por lo que me has explicado, yo también. Además, ¡qué diablos! aunque yo no me haya casado creo que hay que tener confianza en una mujer joven y bonita.

Apuntó con su pipa a Johnny.

—Mira, yo nunca he sido un buen detective, pero en Australia, en las zonas alejadas de las grandes ciudades, cuando ocurre algo grave la policía no puede llegar al instante, y los colonos tenemos que hacer las primeras averiguaciones. Eso me ha enseñado a seguir un rastro y a reunir pruebas. Creo que puedo serte útil.

—¿Y qué propones?

—Lo primero que creo que debemos hacer es ir a esa casa. Ahora, de noche, puede que averigüemos algo. ¿Viste si había perros?

—No, no los vi.

—Pues entonces vamos cuanto antes. Esa inspección nocturna no estará de más, ahora que nadie nos espera. Porque yo, por instinto, me inclino a creer que la culpable no es Ellen, y que detrás de todo esto debe ocultarse alguien más.

Dicho y hecho. Con gesto de decisión se encaminó hacia la puerta.

Pero una vez allí estuvo a punto de tropezar y de volar de bruces contra una ventana.

Tío Edward lanzó una imprecación y alzó el bastón como si quisiera golpearse a sí mismo:

—¡Maldita pierna...!

CAPÍTULO VII

El “Jaguar” se detuvo suavemente en el lindero del bosque. La última milla la habían hecho con los faros apagados, para que ninguna clase de resplandor se filtrara entre los árboles y llegara hasta la casa. Cuando Johnny se apeó del automóvil, estaba seguro de que nadie les había visto aún.

Tío Edward descendió pesadamente por la otra puerta, apoyándose en su bastón.

La noche era oscura, pero aun así podían ver con claridad la casa y la cinta plateada del río que pasaba a poca distancia.

Johnny susurró:

—Deberemos avanzar por entre los árboles hasta llegar a aquella parte cercana al río. Allí hay arbustos altos que nos ocultarán casi hasta que estemos al pie de la casa.

—Me parece magnífico, muchacho. Pero no vayas demasiado aprisa. Mi condenada pierna me impide hacer atletismo.

—Yo iré despacio y fijándome en todo. Tú procura no caer.

—¿Cuál es tu plan, Johnny?

—Simplemente y por esta vez, dar una vuelta a la casa y observar si vemos u oímos algo extraño.

Avanzaron.

Según lo previsto, nadie les distinguió hasta llegar a las cercanías del río.

Allí, entre los altos arbustos, siguieron avanzando hasta las cercanías de la casa. Unas yardas en terreno descubierto les bastaron luego para llegar, entre la oscuridad, a la fachada del edificio.

El silencio era total.

En contra de lo que suele ocurrir en las elegantes mansiones de la campiña inglesa, allí no parecía haber perros.

—Demos la vuelta —indicó Johnny.

Avanzaron en silencio, aunque tío Edward producía un debilísimo rumor al arrastrar su pierna. Empezaron por la parte delantera, y siguieron hasta la posterior sin haber encontrado nada que les llamase la atención.

Muy poco después llegaron a un cobertizo anexo, de piedra, también cubierto por la hiedra. Allí debían guardar sus herramientas los jardineros y el personal que trabajaba en la parte exterior de la casa.

Tío Edward susurró:

—¿Y si miráramos aquí?

—Buena idea.

La puerta era de hierro, y Johnny hizo girar el picaporte. No estaba cerrada con llave, quizá porque lo que se guardaba allí no era de excesivo valor. Se encontraron en un lugar oscuro, pero en el que despedían una cierta leve claridad las paredes pintadas de blanco.

De pronto Johnny vio aquello.

Era algo blanco también, que reposaba sobre una mesa adosada a la pared del fondo.

Mientras se acercaba, el joven contuvo la respiración.

Todos sus sentidos estaban alerta.

Sabía lo que era aquello, pero algo en su fondo se negaba a creerlo.

Fue tío Edward el que se aproximó primero, al darse cuenta de que él parecía vacilar.

—No lo comprendo —susurró—. Es un gato muerto. Un hermoso gato blanco...

Johnny tenía los ojos fijos en aquel cuerpo inmóvil.

Al pobre animal lo habían estrangulado con una cuerda.

Johnny miró el nudo, y de pronto estuvo a punto de lanzar un grito de dolor, de sorpresa y de rabia.

* * *

Tío Edward susurró:

—¿Qué te pasa?

—Este animal... lo he comprobado antes. Solo se acercaba a la niña, a Priscille. Ninguna otra persona le infundía confianza.

—¿Qué quieres decir?

—Nadie puede matar a un gato de ese modo, es decir, pasarle un lazo en torno al cuello y apretar, si el animal no se está quieto, es decir si no tiene confianza en la persona que hace eso.

—¿Quieres decir que Priscille...?

—No me atrevo a decir eso... ¡No quiero creerlo!

—Quizá el nudo te indique algo. Por lo que veo —había encendido ya un fósforo, para iluminarse mejor — es un auténtico nudo de marinero. Una niña no sabe hacer eso.

—Sí que sabe.

—¿Qué quieres decir?...

Tío Edward parecía sinceramente asombrado. No se dio cuenta de que

la llamita del fósforo quemaba sus dedos hasta que tuvo que soltarlo lanzando una maldición.

—¿Y quién le ha enseñado eso?

—Dice que tuvieron cierta vez un criado que había sido marino, y que de vez en cuando se entretenía enseñándole a hacer nudos. Priscille es lista y aprendió enseguida. Esta mañana hemos encontrado una cuerda entre la hierba, por casualidad; ella, sin pensarlo, de una manera maquinal... ¡ha hecho un nudo como ese!

Tío Edward le sujetó por un brazo para empujarlo suavemente hacia la puerta.

—Muchacho, eso lo cambia todo.

—¿Qué quieres decir?

—Ellen no puede ser culpable. Es decir, no hay ninguna clase de maquinación en contra de esa niña. Simplemente habremos de admitir que, por desgracia, la locura o la maldición de su familia se han abatido sobre su pobre cabeza. Y lo que haya que hacer es cuestión de los médicos, no nuestra.

—Me resisto a creer eso.

—Pues aquí tienes una bonita prueba. Y en cierto modo siempre es mejor, dentro de lo malo, pensar que esa niña es una pobre enferma que atribuir a Ellen, su prima, una maldad tan grande como para hundir a la pobre Priscille en un verdadero infierno.

Johnny suspiró con cansancio.

Sí, aquello podía ser lo mejor, dentro de lo malo... malo... ¡pero maldito si esto le consolaba!

—Me gustaría encontrar alguna prueba más —susurró.

—Como quieras, aunque dudo que hallemos ya gran cosa. ¿Piensas decir algo a Ellen cuando la veas?

—No. Mejor que lo descubran ellos mismos y que saquen las consecuencias que más les plazcan. Nosotros vamos a terminar de dar la vuelta a la casa.

—Está bien.

Salieron de allí y siguieron su camino, en medio de un silencio absoluto. De pronto, al pasar junto a una de las grandes ventanas de la planta baja, les pareció ver que en el vestíbulo, en el interior de la casa, se movía una sombra.

CAPÍTULO VIII

Evidentemente alguien más deambulaba por la casa, aunque ese ser que ellos acababan de ver estaba ya en el interior. Su silueta se perfilaba claramente sobre las grandes escaleras de piedra que llevaban al piso superior.

Los dos, desde la ventana de la planta baja en que se encontraban, le vieron ascender.

Era un tipo alto, delgado, que se movía con la rapidez y el sigilo de un fantasma.

Johnny susurró:

—He de cazar a ese hombre, sea quien sea.

—No cometas un error. Puede tratarse de uno de los criados... En esta casa habrá al menos media docena.

—Si fuera uno de los criados no andaría a oscuras y con ese sigilo, ni tendría motivo para rondar por el vestíbulo principal a estas horas. Creo que será conveniente que nos veamos las caras.

Si hay puñetazos yo puedo serte de muy poca ayuda...

—Creo que será mejor que nos separemos. Debe haber alguna ventana abierta. Tú me aguardas en ella, por si necesito ayuda. Pero de momento no hagas nada más.

—De acuerdo.

La misteriosa sombra había desaparecido ya en las alturas del primer piso. Los dos hombres palparon todas las ventanas de aquel lado de la casa, hasta encontrar una que había sido forzada poco antes. Estaba entornada solamente.

—Eso confirma lo que te explicaba —susurró Johnny—. No se trata de un criado.

—Puede ser la pieza que falta en el rompecabezas —opinó tío Edward con un soplo de voz—. El elemento que ha causado todo este lío, suponiendo, como yo creo, que Ellen y la pequeña Priscille sean inocentes.

—Estoy empezando a creer que tienes razón.

No perdieron más tiempo hablando. Johnny empujó los batientes de la ventana, que estaban recién engrasados y no produjeron el menor ruido.

Seguidamente penetró en el interior.

Un silencio total, casi angustioso, le rodeó.

Siguiendo los pasos de la silueta que antes había visto, Johnny avanzó hacia la escalera principal de la casa. Ascendió cautelosamente. Unos débiles rayos de luz, penetrando por las ventanas, se proyectaban fantasmales sobre los cuadros de los antepasados. El cuadro de la mujer asesina daba la sensación de haber cobrado vida; parecía mirarle.

Johnny se encontró en otro vestíbulo, este superior, donde había lujosos muebles y una pequeñísima lámpara situada en un ángulo y que proyectaba sobre la pieza una débil luz de orientación.

Más allá había dos pasillos, uno a la izquierda y otro a la derecha. Los dos estaban llenos de puertas.

Al fondo del de la izquierda, se distinguía confusamente una escalera secundaria que debía llevar a la planta superior, ocupada casi exclusivamente por las habitaciones de servicio.

¿Había ascendido la sombra por allí?

Johnny no estaba seguro.

De todos modos, y ya que no se veía a nadie en los pasillos, tenía que considerar aquella posibilidad. De modo que avanzó cautelosamente hacia la escalera secundaria.

Llegó a poner la mano en la barandilla. Había allí otra débil luz de orientación. Y la quietud seguía siendo absoluta.

Pero de pronto aquel silencio quedó roto.

Lo rompió un alarido inhumano, un alarido de muerte.

* * *

Johnny no perdió un segundo.

El grito había sonado en el piso superior, es decir justo en el lugar donde llevaban aquellas escaleras.

Empezó a trepar por ellas de cuatro en cuatro, con toda la velocidad que le permitían sus ágiles piernas.

De pronto una cosa negra pareció brotar de las paredes, saliendo a su encuentro.

¡Era la misma silueta que Johnny había visto poco antes subir por la escalera principal!

No supo exactamente, en el primer momento, si aquel hombre pretendía atacarle o simplemente huir. De todos modos no podía perder tiempo en averiguaciones. Lo único cierto era que aquella silueta se arrojaba sobre él.

Johnny recibió el primer impacto y estuvo a punto de caer. Su cuerpo quedó desplazado. El otro fue a pasar, pero Johnny se arrojó sobre sus piernas, cazándole con una precisa llave.

Rodaron por el suelo los dos.

Algunas luces se habían encendido abajo. Se oían voces agitadas y algunos gritos.

Johnny se dio cuenta de que su enemigo era ágil y joven. Sabía, además, mover sus manos con precisos golpes de kárate.

Uno de esos golpes alcanzó la mejilla izquierda de Johnny. Este sintió un terrible dolor, como, si toda una mitad de su cara se hundiese. Estuvo a punto de perder el conocimiento.

Quizá en otras circunstancias lo hubiese perdido, pero ahora tenía que sacar fuerzas de flaqueza. Si aquel individuo escapaba, no habría conseguido nada e incluso él podía aparecer como sospechoso del crimen que sin duda acababa de cometerse.

Un segundo golpe, similar al primero, voló en dirección a la misma mejilla, pero Johnny lo bloqueó a tiempo.

Su enemigo lanzó una maldición. Iba vestido con ropas negras, como para pasar más desapercibido en la oscuridad.

Johnny pasó al ataque.

Los dos estaban casi de rodillas, uno frente al otro. La mano derecha del joven voló de canto hacia el cuello del desconocido. Este pudo esquivar el mortífero golpe, pero a cambio sus labios quedaron aplastados, y unas gotas de sangre saltaron de entre ellos.

La maldición se reprodujo, pero ahora fue acompañada de un grito de dolor.

Johnny no perdió un segundo. Su puño izquierdo voló ahora al encuentro de la mandíbula de su enemigo. Este recibió el golpe de lleno, patinó sobre el mármol bruñido del pavimento y fue a caer a un par de yardas más allá, dando una espectacular voltereta sobre sí mismo.

Pero se levantó en cuestión de segundos. Era un tipo más ágil y fuerte de lo que Johnny suponía.

Los dos quedaron en pie casi a la vez. Se miraron un instante, mientras las voces, en la planta inferior, aumentaban de volumen.

Bruscamente el desconocido tuvo una macabra idea.

Un adorno muy lógico en aquel ambiente era una armadura medieval, por cierto magníficamente conservada. Aquella armadura sostenía una gran maza cuya bola final estaba llena de agudos pinchos. Un arma mortal en aquella época y que seguía siendo temible ahora.

Si un solo de aquellos pinchos entraba en contacto con su cabeza, Johnny podía considerarse perdido.

Su enemigo atacó.

Lo hizo hábilmente, procurando acorralarle y cortarle la retirada. Johnny se encontró de repente con las espaldas pegadas a una pared. La mortífera bola vino hacia él.

Logró esquivarla en el último segundo.

Los pinchos se clavaron en la pared, desconchando parte de esta. El ruido pareció hacer temblar el edificio entero. Johnny se dio cuenta de que, caso de haber sido alcanzado, de su cabeza no hubiera quedado nada.

Pero ahora su enemigo necesitaba unos segundos para desclavar los pinchos y tirar del brazo hacia atrás, volviendo el arma a la posición de ataque.

El joven los aprovechó.

Un terrible corto al estómago le hizo inclinarse. Johnny movió entonces los dos puños a la vez, clavándolos de un mortífero y doble “upper-cut” a la mandíbula.

El desconocido saltó hacia atrás. Sus piernas vacilaron. Era la imagen exacta del boxeador cazado de lleno que flota ya “groggy” sobre el *ring* antes de caer sobre la lona.

Johnny no desaprovechó aquella oportunidad.

Antes de que su enemigo se recuperara, tenía que abatirle definitivamente. Un hombre joven y bien entrenado se repo: en pocos segundos, si antes no ha sido muy castigado por otros golpes.

Movió los dos puños; primero el izquierdo, el derecho luego.

Los dos ganchos llegaron a su objetivo. El desconocido lanzó un sordo gruñido, mientras su cabeza iba de un lado a otro, al recibir los dos durísimos impactos.

No pudo resistir más.

Sus piernas se doblaron definitivamente y cayó a tierra, soltando la mortífera maza.

Mientras tanto algunas personas estaban llegando ya al escenario de la pelea.

Las luces se encendieron.

Johnny volvió la cabeza, y no pudo ver a los que llegaban hasta allí. Se trataba de dos criados a los que recordaba haber visto en su primera visita a la casa; los acompañaba Ellen.

Ellen iba sumariamente vestida, pues acababa de saltar de la cama. Sus curvas eran más que suficientes para hacer disolverse la armadura de la que poco antes había sido arrancada la maza. Si a Johnny le había parecido hermosa al verla vestida, tuvo que reconocer que así, con solo unas débiles y transparentes ropas, era como para caer rodando por las escaleras, cabeza abajo.

La muchacha susurró:

—¿Qué...? ¿Qué sucede? ¿Qué haces aquí, Johnny?

De pronto sus ojos aturridos fueron hacia el hombre que yacía en tierra, reponiéndose débilmente. Tuvo un gesto de sorpresa y de estupor al verlo.

— ¡Pat!

—¿Es que le conoces? —preguntó Johnny.

—Sirvió no hace mucho en esta casa.

—No me digas que es el fulano que antes había navegado como marino.

—Sí. ¿Quién te dijo eso?

—Priscille.

El tipo llamado Pat se había puesto en pie, frotándose los labios de los que brotaba sangre. Sus ojos miraban a todas partes, cargados de frío odio.

—También fue el que le enseñó a hacer nudos —dijo Johnny.

—¿Y qué?

Pat le miraba desairadamente.

—Nada, amigo... de momento. Pero puede que eso tenga mucha importancia luego. Más de la que imagina, y usted sabe por qué.

—No podrá acusarme de nada... ¡usted es tan sospechoso como yo!

—¿Sospechoso de qué?

—Del crimen que se ha cometido ahí arriba. Por eso huía. ¡Y no me diga que usted no sabe nada de este asunto!

Johnny no contestó.

A gran velocidad subió por las escaleras secundarias, llegando al piso superior, que estaba dedicado a dormitorios del servicio. Una de aquellas habitaciones se encontraba abierta.

El joven miró al interior.

Lo que vio le hizo lanzar un grito ahogado. La brusca visión de lo ocurrido le heló los nervios.

Un hombre yacía muerto en su lecho, ya bañado en sangre. Un puñal de mango corto sobresalía de su garganta.

CAPÍTULO IX

Alguien estaba ya junto a Johnny.

Este se volvió a medias, y vio entonces a Ellen. La muchacha había subido tras él. Sus ojos desencajados miraban con horror lo que había dentro de aquella habitación.

Y de pronto el precario equilibrio de sus nervios se rompió.

Lanzó un grito denso, cargado de terror. Fue a caer hacia atrás, desvanecida, pero Johnny pudo alcanzarla en el último segundo, evitando que su cuerpo se estrellara contra las baldosas.

Todos subían en tropel ahora. Todos, sin acordarse del sospechoso Pat, que en cualquier momento podía escapar.

En efecto, Pat se dio cuenta de que ahora tenía una magnífica ocasión para huir.

Nadie se fijaba en él después del grito de Ellen. Todos subían por las escaleras secundarias.

Pat descendió velozmente.

Era un hombre ágil y joven, y pocos segundos le bastaron para encontrarse en la planta baja.

Saltó por la misma ventana que le había servido para entrar. Echó a correr velozmente.

... Pero de pronto, cuando apenas había dado dos pasos, su pie derecho pareció enredarse con algo. Lanzó un gruñido, mientras su carrera quedaba detenida de repente y él caía pesadamente de bruces a tierra.

En el último segundo se dio cuenta de que alguien acababa de trabar su pie con la empuñadura de un bastón.

Intentó escapar aún, arrastrándose, pero ya no pudo hacerlo. Alguien se sentó tranquilamente sobre él. El peso de aquel individuo, a quién no conocía, le inmovilizó sobre el terreno.

Así fue como lo volvió a encontrar Johnny apenas unos segundos más tarde. Pat estaba de bruces sobre la hierba, y tío Edward, sentado encima suyo, acariciaba filosóficamente la empuñadura de su bastón.

—Creo que este tipo tiene muchas cosas que explicar —dijo tío Edward—. Por lo menos el ambiente de la casa parecía no gustarle. ¡Se largaba a

cien por hora!

Johnny saltó por la ventana, acercándose a ellos.

—¡Me parece que nos has hecho un buen favor, tío Edward.

—Eso estoy viendo. ¿Qué infiernos sucede ahí arriba? ¡He oído más gritos que en una cacería!

—Acaba de cometerse un crimen.

—¿No habrán matado a...?

—No... Afortunadamente no ha sido a Priscille ni a Ellen. La víctima es un criado. No me alegra nada eso, pero te confieso que ver muerta a esa niña me hubiera dolido más.

—¿Habéis llamado a la policía?

—Creo que alguno de los criados lo habrá hecho ya. Un patrullero no tardará en llegar.

Se acercó a Pat. Este parecía haber comprendido que sus posibilidades de huir eran ya nulas. Además el golpe recibido al caer debía haberle aturdido en parte, porque sus ojos estaban turbios y sus movimientos eran torpes e imprecisos.

Johnny le despojó de su cinturón y le ató con él las manos a la espalda. Luego le ayudó a ponerse en pie.

—Creo que tendrás que explicar muchas cosas a la policía, amigo.

—¡Yo no cometí ese crimen!

—¿Por qué huías?

—¡El grito me asustó! ¡Me di cuenta enseguida de que algo terrible acababa de suceder! ¡Entonces solo pensé que lo más prudente era escapar de esta casa!

—¿Y a qué habías entrado?

—¡No es cuenta suya! ¡Solo hablaré ante la policía y después de nombrar a un abogado que me defienda!

—Pues empieza a pensar en eso, porque a la policía ya la tienes aquí.

En efecto, un patrullero se acercaba velozmente. La llamada debía haberle sorprendido cuando rodaba por las cercanías.

Un policía uniformado y un inspector de paisano descendieron enseguida. Debían conocer ya al personal de la casa, porque el inspector se dirigió enseguida a uno de los criados, que había aparecido también por el hueco de la ventana.

—¿Dónde está Ellen?

—Arriba, señor. Se ha desmayado. Una de las sirvientas está intentando reanimarla.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—Un asesinato, señor.

El agente se volvió hacia el hombre uniformado que quedaba al volante.

—Llama enseguida al forense. Sácale de la cama, y si protesta dile de

mi parte que se muera.

—El radio no lo recibirá directamente él, señor. Eso de que se muera no podré decírselo.

—Pues escríbeselo por carta. —De repente se volvió hacia el inmovilizado Pat—. ¿Y este? ¿Quién es este y qué hace aquí?

—Lo hemos detenido cuando intentaba huir. No digo que sea culpable, pero por lo menos debe interrogarle, inspector.

El policía lanzó un silbido.

—¡Diantre, pero si es Pat! ¿Cómo te has atrevido a volver a este lugar, viejo granuja?

—Lo mío ya lo pagué, inspector. Ahora no tengo ninguna cuenta pendiente.

—Pero puede que la tengas muy pronto, si lo que imagino es cierto. ¡Maldita sea tu estampa, Pat! ¡Yo creí que ya te habías ido al diablo para siempre! ¡No entiendo cómo te aguantaron tanto en esta casa, a pesar de que conocían tus antecedentes! ¡Esa pobre tonta de Ellen tuvo mucha paciencia contigo!

Mientras tanto una de las puertas se había abierto. Todos pasaron al interior. Las luces del vestíbulo, encendidas por completo, variaban totalmente el ambiente de la casa, y disipaban las espectrales sombras que poco antes parecían rodearla.

Uno de los policías se quedó custodiando a Pat en el interior del coche patrulla. Los demás, encabezados por el inspector, ascendieron a la primera planta.

Pero Johnny se detuvo antes de iniciar la subida. Quedó como paralizado en el primer peldaño.

El cuadro de la mujer asesina que había vivido un siglo antes, parecía mirarle. Igual que antes, diríase que estaba viva, que le desafiaba con la mirada.

Y empuñaba el puñal con el que había cometido sus crímenes, el puñal que, curiosamente, había elegido para que la retrataran con él.

Fue eso lo que llamó especialmente la atención de Johnny, hasta el extremo de hacerle sentir como si una mano helada le recorriese lentamente la espalda.

Porque aquel puñal del cuadro... ¡era el mismo que él había visto pocos minutos antes, clavado en la garganta del muerto!

CAPÍTULO X

Johnny no siguió la dirección de los otros. No subió con los demás al último piso, donde estaba el cadáver.

Tenía que hacer algo para él más importante: debía encontrar a la pequeña Priscille.

Una vez en el piso principal, miró las puertas de las habitaciones situadas en el pasillo de la izquierda. Por la mañana, Priscille le había indicado el ala del edificio en que estaba su habitación, y él suponía que sería la que ahora tenía ante los ojos.

Abrió la primera puerta. Era un dormitorio vacío, con las ropas intactas, sin duda destinado a huéspedes.

Tras la segunda puerta oyó un gemido.

—No tengas miedo, Priscille.

La niña estaba acurrucada a un ángulo de la habitación. Vestía un pijama blanco y una bata acolchada del mismo color. Sus ojos quietos y extrañamente profundos —unos ojos que no parecían los de una niña miraron al recién venido.

Johnny murmuró:

—Tranquilízate, Priscille. No vengo a hacerte ningún daño.

Ella no contestaba. Seguía mirándole con los ojos llenos de miedo, aunque poco a poco se iba insinuando en ellos una cierta expresión de alivio.

—¿Has oído antes un grito? —preguntó Johnny.

—Sí...

—¿No te has movido de aquí?

—No. ¿Qué ha ocurrido?

—Quizá vale más que lo sepas, Priscille. Ha ocurrido un accidente. Uno de los criados ha muerto.

Ella guardó silencio. Sus ojos seguían siendo profundos y quietos. Johnny se preguntó qué pensamientos, qué inquietudes palpitaban tras aquellos ojos. Pero evidentemente debían ser pensamientos e inquietudes que no correspondían a una niña.

De pronto ella se movió. Lentamente fue hacia su cama, cuyas ropas

estaban parcialmente en desorden.

—¿Me preguntará cosas la policía? —quiso saber.

—Es posible, pero tú solo tienes que decirles que no te has movido de aquí. Porque esa es la verdad, ¿no?

—Sí, esa es la verdad.

La niña se desprendió de su bata, para meterse en cama de nuevo. Y entonces Johnny vio algo que por un momento le paralizó los nervios.

Aquella bata tenía una pequeña mancha. Una mancha de sangre.

* * *

Johnny no tuvo ni siquiera tiempo de reaccionar.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Sin esperar respuesta, un hombre entró. Era el inspector que poco antes había llegado en el coche patrullero. Paseó una mirada circular por la habitación, pero sin fijarse especialmente en ningún detalle.

Con la mayor naturalidad, como si su acto no tuviera importancia, Johnny dejó la bata plegada sobre una butaca, de modo que no se viese la mancha de sangre.

No supo por qué lo hacía. Hubiera sido incapaz de decir por qué encubría a Priscille. ¿Quizá era porque le repugnaba ver a una niña mezclada en aquel repugnante asunto? ¿Tal vez porque empezaba a creer ya en algo sobrenatural?

El inspector gruñó:

—¿Qué hace aquí?

—Quería convencerme de que a Priscille no le había ocurrido nada.

—Sí, ya recuerdo... Priscille es la prima de Ellen. —De pronto el inspector la miró directamente a los ojos—. ¿Qué has visto, Priscille? ¿Has oído algo?

—Solo un grito.

—¿Y pasos? ¿Has oído como si alguien huyese?

—Luego he escuchado muchos ruidos.

—Claro, es natural...

De pronto el inspector dirigió una sonrisa a Priscille y luego se encaró con Johnny.

—Descansa, pequeña... Nada va a ocurrirte. En cuanto a usted, amigo, ¿quiere salir un momento?

Los dos hombres se miraron a los ojos una vez en el exterior, algo alejados de la puerta.

—Tiene que explicarme por qué estaba aquí —dijo el inspector—. Usted y ese otro, el que dice ser su tío, no pertenecen a la casa.

—Habíamos tenido una avería en el coche, inspector, y queríamos pedir ayuda.

—¿Qué clase de avería? Yo me acuerdo muy bien de su cara, amigo. Le he visto en las fotos de las revistas. Usted ha ganado muchas carreras y no creo que haya avería que le asuste. ¿Qué es lo que le sucedía a su cacharro y dónde lo tiene?

—A cosa de una milla de aquí. Se desinfló una de las ruedas, que debe tener un escape, y no contaba con gato para levantar el coche y cambiarla. Pensamos que aquí habría algún guardián o portero que pudiera ayudarnos. Cuando nos acercábamos, vimos a través de las ventanas una sombra furtiva y luego oímos un grito. Así empezó todo.

—Haré que revisen su coche.

Johnny palideció un momento. Tenía que haber contado con aquello, debía haber pensado antes que, si algo sucedía, él no podría justificar su presencia allí. ¡Y encima había enredado en el asunto a tío Edward! ¿Qué ocurriría cuando a los dos los llevasen detenidos a Scotland Yard?

Porque él, efectivamente, no llevaba gato en su coche, al haberlo olvidado en su casa con otras herramientas, pero las ruedas estaban intactas. Al inspector le bastaría una ojeada para darse cuenta de que había mentido, y de allí a la detención preventiva solo había un paso.

—Iremos a comprobarlo todo delante de usted mismo —dijo el policía—. Mientras tanto no se separe de mí.

—De... de acuerdo.

—Hay otra cosa, amigo.

—¿Qué?...

—El cuchillo. Me he fijado en él. He visto que es el mismo que hay pintado en uno de los cuadros de la planta baja. Esa clase de armas antiguas resultan inconfundibles.

El inspector no era tonto, ni mucho menos. Resultaba uno de esos tipos que con una sola ojeada captan todo un panorama. Iba a resultar imposible convencerle en cuanto viera las ruedas del coche.

—Yo también me he fijado en eso —murmuró Johnny—. ¿Pero qué ocurre con el cuchillo?

—Parece que hace un siglo formó parte de las piezas de convicción ante un tribunal, cuando su dueña fue condenada a muerte. Luego la familia lo recuperó y estuvo guardado en un desván, llenándose de polvo. Por lo visto nadie quería acordarse de aquel objeto maldito... Hasta que alguien dio con él.

—¿Quién?

—Priscille era la única persona que entraba en ese desván de los trastos viejos —dijo el inspector secamente.

* * *

El forense había llegado. Emitió un breve informe verbal, dijo que ya

ampliaría sus conclusiones después de la autopsia y decidió que, por él, ya podían llevarse el fiambre. Dos fotógrafos de la policía habían tomado varias placas desde todos los ángulos imaginables. En unos pocos y trágicos minutos, la casa se había ido llenando de febril actividad.

Por fin todo volvió a quedar en silencio.

Una ambulancia llegó para llevarse el cadáver. Otro coche patrulla apareció para hacerse cargo de Pat, el primer detenido. Los demás habitantes de la casa fueron encerrados en sus habitaciones, con el ruego de que descansaran, y un policía uniformado se quedó de guardia ante la puerta, aunque era de esperar que nada más sucediese ya.

Luego el inspector miró a Johnny y a tío Edward, que estaban silenciosos y temiendo lo peor.

Porque tío Edward también parecía haberse dado cuenta de la situación, y de vez en cuando dirigía miradas recelosas a su sobrino. Daba por descontado que ellos también iban a ir a parar a Londres, a Scotland Yard.

—Bueno, ahora vamos a dar un vistazo a su coche —decidió el inspector—. Espero, por su bien, que no hayan mentido.

—¿Có... cómo vamos a mentir? —farfulló Johnny.

—No parece muy convencido.

—El que se convencerá se... será usted.

—Bueno, subamos al coche patrulla. Usted mismo indicará dónde está su cacharro.

Mientras rodaban, Johnny reflexionaba velozmente, pero sin encontrar ninguna salida. Mil disparatados pensamientos acudieron a su mente, entre ellos el de decir que le habían robado el coche, después de llevar a los policías a un lugar bien distante de donde este se encontraba. Pero aquello no le serviría de nada. Estaba bien perdido.

De pronto llegaron a la zona oscura donde estaba detenido el “Jaguar”.

—Es un magnífico cacharro —dijo el inspector—. Bueno, abajo.

Johnny no quiso ni bajar. Tenía cerrados los ojos. Lo menos que esperaba era que le pusieran ya las esposas.

El inspector lanzó un silbido.

“Bueno, ya está —pensó Johnny—. ¿Qué es lo que se dice en estos casos? ¿Qué uno no va a soltar una palabra si no es en presencia de su abogado?”

—Menos mal que no me engañó —dijo el policía—. Le prometo que le hubiera costado caro, amigo.

Johnny abrió de golpe unos ojos como platos.

Descendió del coche patrulla y miró su “Jaguar”. Una de las ruedas delanteras de éste estaba completamente baja.

El suspiro de tío Edward se oyó también a treinta yardas de distancia.

El inspector miró las herramientas y se convenció de que faltaba el gato.

—De acuerdo —dijo—. Queda usted en completa libertad, John Lionel. Si quiere avisaré una grúa para que remolque el coche hasta su domicilio.

—No... no es necesario. Ha sido usted muy amable, inspector. La mar de amable...

—Voy a serlo aún más. Le acompañaré a su casa. Johnny aún estaba viendo visiones cuando de pronto se encontró otra vez ante su casa, ante "Lionel House", en las afueras de Londres.

Y en todas las horas que aún quedaban de aquella condenada noche, no pudo conciliar el sueño.

* * *

A la mañana siguiente los periodistas no dieron más que una pequeña referencia de lo ocurrido, porque la noticia debía haber llegado a las redacciones cuando ya las páginas estaban montadas y a punto de entrar en las fundidoras. Un pequeño recuadro daba información sobre el asesinato y prometía publicar, en las próximas ediciones, datos más extensos.

Johnny pensó que, si los periodistas acertaban a relacionar aquello con la siniestra historia de la familia, las ediciones extraordinarias se iban a suceder unas tras otras y la curiosidad de las gentes no tendría fin. La vida de Ellen, y sobre todo la de la pobre Priscille, se transformaría en una pesadilla.

Pero, al parecer, los de la Prensa de Fleet Street no habían captado aún aquella significativa relación.

Johnny supuso que, a la mañana siguiente, la casa estaría llena de informadores y fotógrafos, y decidió no acercarse por allí. Pero al declinar el día, tomó un taxi y se hizo conducir a la casa de Ellen. Esta parecía tranquila y vacía.

La primera persona que vio fue a Priscille. La pequeña estaba junto al río, como la primera vez, y contemplaba callada las tranquilas aguas.

Johnny se acercó en silencio.

Le causó una pena infinita ver aquella pequeña figura, débil, indefensa, sometida ya, a su edad, a los avatares más horribles de la existencia: la locura, el crimen y la muerte.

¿Pero era realmente Priscille una persona indefensa? ¿No habría cometido un crimen horrible basándose en la confianza que inspiraba a los viejos sirvientes?

¿Quién pudo entrar en la habitación del muerto sin inspirar ningún recelo? ¿Quién pudo acercarse a él, incluso llevando un puñal en la mano, sin que el otro sintiera miedo?

Priscille, solo Priscille.

Pero el pensamiento era tan horrible que causaba un estremecimiento en los nervios de Johnny.

De pronto la niña se volvió.

Sus ojos quietos y profundos —¡siempre tan extrañamente quietos y profundos! —miraron a Johnny.

—Tú sospechas de mí —susurró.

—¿Yo? ¿Por qué iba a sospechar?

—Todos pensáis lo mismo, yo lo noto. Incluso Ellen.

—¿Te ha dicho algo?

—No, pero la veo mirarme, y cuando lo hace sus ojos se llenan de lágrimas. Yo sé lo que piensa.

—Priscille, no debes inquietarte por eso. Nadie sospecha de ti.

Ella no contestó. Su mirada volvió a perderse en las aguas quietas del río.

—También debo darte las gracias. Priscille —susurró Johnny—. Sin tu ayuda yo hubiese sido detenido.

—No tiene importancia.

—Fuiste muy lista. Supiste manejar el dispositivo de la rueda hasta desinflarlo. Pocas niñas de tu edad hubieran sabido hacerlo.

—Fue muy sencillo. Yo ya desinflaba ruedas, como travesuras, cuando tenía cinco años. Me bastaba apretar la punta del orificio, y el aire salía rápidamente.

—¿Cómo tuviste la idea? ¿Y cómo supiste dónde estaba el coche?

—Oí la conversación que tenías con el inspector en el pasillo. Me bastó entreabrir un poco la puerta para oírlo todo. Y en cuanto al coche, no creas que me fue sencillo encontrarlo. Hube de correr mucho, y menos mal que conozco bien todo esto... Cuando vosotros llegasteis, no hacía ni tres minutos que acababa de desinflar la rueda. Tuve que esconderme.

—¿Por qué me has ayudado, Priscille?

—Tú también me ayudaste a mí con lo de la bata.

Johnny se quedó sin respiración. Claro que él recordaba lo de la bata, pero le sonaba extraño en boca de Priscille. Le sonaba casi siniestro.

¿Qué clase de complicidad sin palabras se había establecido entre los dos? ¿Qué monstruoso encubrimiento había entre sus actos y los de aquella niña que podía ser una asesina?

—¿Qué hiciste con la bata? —preguntó roncamente.

—La he quemado.

—¿Dónde?

—Hay una caldera en los sótanos. No se usa nunca. Es de cuando la casa tenía un sistema de calefacción muy antiguo. Yo quemé la bata allí y no dejé ni rastro.

—¿Por qué lo hiciste? Si fueras inocente no tendrías nada que temer — se atrevió a decir Johnny.

—Yo sé lo que ocurre. Los policías me hubieran preguntado mil veces sobre aquella mancha de sangre. Luego me habrían enviado a un colegio, hasta que todo se aclarase, y no me hubieran dejado salir de allí. Me hubieran separado de Ellen.

—Tú quieres a Ellen, ¿verdad?

—Es la persona a la que más quiero en el mundo. Y la que más me quiere a mí.

—¿Cómo se produjo aquella mancha de sangre? Contéstame la verdad, Priscille. ¿De dónde salió? ¿Entraste tú en la habitación del muerto?

—Sí.

La respuesta había sido dada sin vacilaciones, con voz firme.

—¿Qué ibas a hacer allí?

—Oí las pisadas de alguien que corría por el pasillo. Pisadas de hombre; yo las distingo muy bien.

—¿Fue antes de oír el grito?

—Claro que sí... Fue antes. Yo oí esos pasos y pensé que debía ser un hombre muy ágil, porque avanzaba con mucha rapidez. Entonces salí de mi cuarto.

—Fui tras de aquellas pisadas, aunque no veía al hombre... Entonces oí aquel grito.

La niña, que había hablado con seguridad hasta entonces, quebró de repente su voz. De pronto pareció como si todas sus fuerzas se derrumbaran. Hundió la cabeza, y Johnny notó que hacía terribles esfuerzos para no romper a llorar.

Una profunda compasión se adueñó de su espíritu. Hubiera querido acariciar los cabellos de la niña, consolarla, hacer que se confiara a él como a un hermano mayor. Pero un resto de desconfianza aún rozaba a Johnny con sus alas negras. Un temor al que no quería dar nombre le insinuaba que la capacidad de simulación de los niños es a veces infinita, porque no distinguen bien la frontera entre el Bien y el Mal. Porque si la capa siniestra de la locura había caído sobre aquella niña, el crimen no era solo probable, sino posible también.

En aquel momento le pareció oír un rumor a su espalda.

Con el rabillo del ojo vio que se acercaba Ellen a través del prado. Pero aún preguntó a la niña:

—“Cuando tú entraste en la habitación, ¿ya se había cometido el crimen?

—Sí.

—¿Fue entonces cuando te manchaste de sangre?

—Sí, fue entonces. Yo no tenía miedo... Solo quería ver si aún podía ayudar al pobre Peter... Me acerqué tanto que uno de los lados de mi bata

se manchó de sangre. Entonces escapé.

—¿Viste a alguien?

—Una sombra que huía.

—¿Era Pat, vuestro antiguo criado?

—A Pat lo vi después... Apenas entró un instante en la habitación, lanzó un grito y echó a correr. Pero, yo había visto antes una sombra que huía.

—¿Un hombre o una mujer?

—No lo sé... Solo te puedo asegurar que el ruido de sus zapatos era de hombre. Y corría con mucha rapidez.

—¿Podía ser una mujer con zapatos masculinos?

—Bueno, tal vez...

Ellen seguía acercándose. Johnny la veía con el rabillo del ojo. Oía el ruido de las ramas al ser apartadas suavemente con su cuerpo.

No sabía por qué, pero tenía la extraña y enervante sensación de que un enemigo se acercaba.

Aún preguntó:

—¿Por qué no has contado todo eso a la policía? Tus declaraciones pueden salvar a Pat.

—No hace falta... A Pat lo han dejado en libertad esta mañana. No hay pruebas contra él.

Johnny tragó saliva.

Si la niña decía la verdad, Pat era inocente. ¿Pero y si no lo fuese? ¿Y si Pat fuera ahora simplemente un asesino en libertad?

El respeto de la policía inglesa hacia la libertad privada producía a veces esos contrasentidos. Un asesino puede actuar impunemente mientras no haya graves pruebas contra él, en tanto no comete un error decisivo.

En ese momento Johnny se volvió.

Ellen ya estaba allí.

En sus ojos brillaba una lucecita que era a la vez de temor y de sospecha.

—Johnny... —musitó—. Te he visto desde una de las ventanas de la casa. Necesito hablar contigo.

—Como quieras.

Ellen miró de soslayo a la niña.

—Tiene que ser en privado...

Johnny accedió silenciosamente, y los dos se alejaron en dirección a la casa. No tuvieron inconveniente en dejar a Priscille sola allí, puesto que aquel era su lugar favorito, donde pasaba horas enteras.

El sol empezaba a ponerse definitivamente.

Las sombras volvían a rodear la casa.

Y los ojos de Ellen brillaban en la penumbra...

—Sé que anoche viniste a ayudarnos —susurró, mientras se acercaban a un rincón oscuro de la fachada—. Me di cuenta de que querías hacer algo por nosotros, y a causa de ello estuviste a punto de meterte en un buen lío tú mismo... Por eso, porque confío en ti, necesito que me des un consejo. No tengo a quién acudir...

—¿Ha ocurrido algo nuevo? Priscille ya me ha dicho que acaban de poner en libertad a Pat. ¿Tienes miedo?

—No, no es eso... Tengo miedo, pero de otra cosa. Si han puesto en libertad a Pat no solo ha sido por falta de pruebas, ya que él únicamente venía para robar, sin intención de matar a nadie. Ha sido porque sospechan de otra persona.

Johnny contuvo la respiración.

No se atrevía a pronunciar el nombre, aunque éste quemaba la punta de su lengua.

—Priscille... —susurró al fin.

—Sí, Priscille. Dios santo, la policía no es tonta en modo alguno. No es como aparece en las películas y en algunas novelas. Enseguida se dieron cuenta de todo y registraron la casa sin dejar un solo rincón. Una sola ojeada les bastaba para darse cuenta de lo que era importante y lo que no lo era. Advirtieron al primer instante que solo Priscille podía haber encontrado el puñal, el cual estuvo guardado muchos años en un desván de trastos viejos. Vieron también el gato estrangulado, y supieron al instante que el pobre animal únicamente tenía confianza en la niña y solo dejaba que fuese ella la que se acercara. Por fin descubrieron algo más, y eso sí que fue una prueba decisiva.

Johnny seguía conteniendo la respiración. Ni siquiera se daba cuenta de que sus pulmones ya quemaban.

—¿Qué?... —musitó.

—La niña había quemado una de sus batas en una vieja caldera que hay en el sótano. Quedaban parte de sus fibras, y los policías pudieron identificarla fácilmente, sin necesidad de acudir al laboratorio. Pensaron que si Priscille había quemado aquella bata era porque debía estar manchada de sangre.

Johnny asintió en silencio. No, definitivamente los de Scotland Yard no eran tontos ni andaban a ciegas.

Tuvo la sensación de que, si Priscille era en efecto la asesina, pronto se cerraría en torno a ella un círculo sin salida, un dogal implacable.

—¿Qué te han dicho *ellos*? —balbució.

Ellos resultaban inconfundibles. Eran los policías, los del Yard.

—Un inspector ha hablado conmigo. Se ha mostrado muy amistoso y comprensivo, pero también muy firme. Estaba enterado de los anteriores casos de locura en mi familia.

—¿Y...?

—Por el momento no quieren detener a Priscille. No solo porque ella es menor de edad, y por tanto irresponsable, sino porque además les repugna hacer algo contra ella. De todos modos están perfectamente decididos a que sea examinada por los médicos de la policía. Si efectivamente es cierto lo que sospechan... Priscille sería encerrada en una casa de salud y declarada incapaz de gobernarse.

—¿Por qué te ha dado la policía tantas explicaciones? No suelen ser tan amables.

—Quieren obrar con mucha delicadeza, por tratarse de una niña. Incluso han pedido mi consentimiento antes de actuar.

—¿Y tú qué has dicho?

—He accedido a que los médicos la examinen. Vendrán dentro de un par de días. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Había lágrimas en los ojos de Ellen.

Sollozos angustiosos, contenidos, sacudían su pecho.

Sin pensarlo, sin darse cuenta tal vez, dejó que su cabeza se apoyara en el pecho de Johnny.

La penumbra los envolvía. El perfume de los cabellos, de la piel de Ellen, llegaba hasta el fondo de los sentidos del hombre.

Johnny hubiera querido abrazarla, acariciar sus cabellos, secar sus lágrimas y besar sus labios trémulos, pero un terrible pensamiento le mantenía quieto, con los brazos rígidos.

¿No podía ser aquello la culminación del plan satánico de Ellen?

¿No lograba así todos sus proyectos?

En cuanto la pequeña fuese internada en una casa de salud, ya no saldría prácticamente nunca. Bastaría una leve anomalía observada por los médicos para que éstos no la soltaran más, habiendo por delante una acusación de asesinato. Y Johnny sabía que incluso una niña normal, al verse encerrada en un manicomio, se volvería loca de verdad, ante su soledad desesperada.

Y Ellen se convertiría en la dueña de todo aquello... Solo diciendo que sí a la policía, accediendo al examen médico, lo conseguía prácticamente todo...

Ella alzó la cabeza.

Las lágrimas seguían quemando en el fondo de sus ojos.

—¿Qué te pasa, Johnny?

Él no lo sabía. No sabía tampoco lo que quería, lo que ansiaba en estos extraños momentos.

Y de pronto se encontró besando a Ellen. Apretándola en sus brazos, acariciando sus cabellos, bebiendo sus lágrimas, mientras ella se estremecía también junto a él, se entregaba palpitante.

Pero a pesar de lo glorioso de aquel instante, Johnny sentía que se

estaba equivocando, que estaba ayudando a una diabólica asesina.
Hubiera deseado morir.

CAPÍTULO XI

Priscille se puso en pie, mirando las aguas del río, envueltas ya por las sombras.

Le ocurría lo que le había sucedido otras veces.

Sonaba aquella música.

Oía aquella lejana canción que no había escuchado desde lejanos tiempos, cuando empezó a caminar por la casa y se dio cuenta de lo inmensa que ésta era.

La misma música...

Priscille recordaba que entonces los días eran mucho más felices que ahora. Recordaba que Pat, el criado que se encargaba de limpiar los coches, era un hombre divertido y que siempre quería jugar con ella. Juntos recorrían la casa, buscaban rincones misteriosos y que ambos limpiaban los dos o tres coches que siempre había en el garaje. Uno de los rincones que Pat descubrió fue aquel enorme desván de los trastos viejos.

La música seguía sonando, seguía llegando, quieta y mansa, a oídos de la niña.

Parecía brotar de los árboles, del prado quieto y oscuro, de las mismas aguas mansas del río.

Parecía llenar el aire...

Priscille caminó poco a poco hacia la casa, mientras la oscuridad se hacía más y más espesa.

La música se iba alejando, se hacía imprecisa, se difuminaba al acercarse ella a la casa.

Priscille recordaba que, años antes, Pat y ella, revolviendo por el desván, habían encontrado aquel viejo gramófono, que tenía puesto un solo disco. Pat, que era muy mañoso, lo limpió, lo arregló, lo hizo funcionar y entonces sonó aquella música.

Era la misma de ahora.

Exactamente la misma...

A través de los años y de la distancia, los recuerdos llegaban hasta el corazón de la niña.

Pat siempre había sido muy bueno con ella. Cuando sus profesores la

reñían, él la consolaba. Le enseñó a cuidar de los pájaros, a hacer nudos, a perseguir ardillas. Pero lo que más les unía era aquella música, que ambos escuchaban durante horas en aquel viejo gramófono que ya parecía ir a reventar...

Y ahora Priscille había vuelto a escucharla.

La oyó por primera vez varios días antes, cuando vio a la mujer del cuadro. Ella parecía avanzar lentamente entre los árboles cercanos al río, y llevaba un puñal en la mano derecha. Había aparecido mientras sonaba la música. A una distancia de treinta yardas, o quizá más, se había detenido. Priscille tenía un miedo espantoso, un temor que iba más allá de sus pobres fuerzas. Hubiese querido correr, pero estaba segura de que no lo conseguiría. Sus rodillas temblaban, y oía en la quietud de la tarde el castañeteo de sus propios dientes.

Sin embargo aquella mujer no parecía querer hacerle nada malo.

No se había acercado más, ni había hecho un solo gesto agresivo. Al cesar la música, se evaporó entre los árboles.

Esta había sido la primera vez.

Priscille lo recordaba con tanta claridad como si de nuevo estuviese viviendo aquello. Como si ahora tuviese ante los ojos la figura de la mujer, perdiéndose entre los árboles.

Luego había ocurrido en otras dos ocasiones.

Al sonar la música —aquella música que parecía llegar desde el suelo, de los árboles y desde el agua al mismo tiempo— la figura aparecía. Siempre se detenía en el mismo sitio, a cierta distancia, y no hacía nada por acercarse más. Ni el menor asomo de agresividad aparecía en los gestos de aquella mujer. Más bien era una vieja amiga. La segunda vez Priscille tuvo la sensación de que ella le sonreía, y en la tercera ocasión la figura le hizo con la mano un ademán amistoso.

Ahora la música volvía a sonar.

Los árboles, la tierra, el agua, despedían las notas de aquella melodía lejana y vieja.

Pero la figura no había aparecido, y Priscille caminaba hacia la casa. Todo estaba ahora en silencio, todo aparecía envuelto por las sombras macabras de la noche.

No se veía a nadie.

El policía que estuvo de guardia por la mañana se había alejado ya, convencido sin duda de que nada nuevo iba a averiguar.

La niña penetró en la casa, subió por las escaleras y miró de soslayo la figura pintada en el inmenso cuadro, una yarda por encima de los peldaños.

Allí estaba la mujer, la extraña mujer del puñal, que parecía mirarla de soslayo.

Solo ella la había visto moverse. Únicamente ella sabía que estaba viva.

Aquel secreto cortaba a veces el sueño de Priscille, la hacía estremecerse durante las noches con un extraño horror, pero no lo había confiado a nadie.

¿Era aquella mujer la que había matado al viejo criado Peter? ¿Era ella, efectivamente, la que flotaba entre los árboles, junto al río, y por las noches entraba en la casa para matar?

La niña iba subiendo las escaleras. Trepaba ya por las que llevaban al piso superior, al de los criados.

Luego había aún otras escalerillas que casi nadie subía nunca.

Llevaban a los desvanes y a un viejo torreón. Era la parte más solitaria de la enorme casa.

Pero ella la conocía bien, muy bien, desde los tiempos de sus correrías con Pat.

Se encontró en un largo pasillo con suelo de madera y puertas a ambos lados.

Una bombilla polvorienta lo iluminaba tétricamente todo. Por las juntas de las puertas mal encajadas silbaba el viento. Las esferas de dos o tres relojes mudos y olvidados rebrillaban en la penumbra.

Priscille no tenía miedo.

Aquel era, al fin y al cabo, el pequeño mundo de sus juegos y de sus secretos. Era *su* mundo.

Empujó una puerta.

El inmenso y polvoriento desván apareció ante sus ojos, una vez hubo encendido otra bombilla polvorienta. Había allí de todo, desde cuadros sin valor a muebles pasados de moda, maniqués, montones de revistas y periódicos, lámparas arrinconadas...

También estaba el gramófono, el viejo gramófono junto al que ella había pasado tantas horas.

Priscille se acercó.

El aparato estaba junto a un viejo espejo de tocador, alto y estrecho, en el que podía reflejarse perfectamente, en toda su longitud, una figura humana.

Priscille no se dio cuenta de que mediante ese espejo se veía la puerta por la que acababa de entrar ella.

CAPÍTULO XII

Johnny caminaba lentamente a través del prado que rodeaba la casa. Las sombras le envolvían.

Todo era quietud en torno suyo, pero un silencio siniestro en el que parecía flotar jirones de muerte.

Después de su extraño minuto de locura con Ellen, se habían separado los dos.

Aún recordaba las palabras temblorosas de la muchacha.

“Si a Priscille le sucede algo yo no podré soportarlo... Priscille nunca conoció a su madre, y yo he sido una madre para ella... ¡Dios santo! Para que ella no sufriese yo haría cualquier cosa...”

Johnny tenía los labios apretados mientras avanzaba silenciosamente por el césped.

Sí, cualquier cosa.

Por ejemplo había dado permiso a la policía para que médicos especialistas de los tribunales examinaran el cerebro de la pequeña...

Una terrible, una fría sospecha anidaba en el corazón de Johnny. Le consumía por dentro.

Recordaba haberlo preguntado a Ellen.

—“¿Por qué has dado permiso a la policía? ¿Por qué?”

—“¿Qué remedio me queda? Ellos conseguirían la licencia de todos modos. O quizá detendrían a Priscille...”

—“Pero al menos nombra un abogado... ¡Puedes orientar las cosas de forma que todo, le sea más favorable!”

Ellen se había puesto a llorar otra vez.

Parecía abatida, hundida hasta el límite.

Solo había murmurado:

—Si a Priscille le ocurre algo yo no podré resistirlo... Sé que no podré resistirlo...

Y ahora Johnny caminaba en dirección a Eton, dominado por sus frías y crueles sospechas.

Los besos de Ellen no le habían hecho perder del todo los sentidos. Sabía que una mujer puede disimular mucho.

Mucho más, desde luego, que una niña.

Cuando llegó a Eton, Johnny se introdujo en una cabina telefónica y discó el número de su amigo Parker, ex corredor automovilista que ahora trabajaba en los tribunales de Londres.

CAPÍTULO XIII

Priscille puso sus dedos en los mecanismos del viejo gramófono. Sus labios temblaban de secreta ansiedad.

Pocas veces lo había hecho funcionar ella, desde que marchó Pat. No estaba segura de conseguir que marchara bien, porque el viejísimo cacharro estaba muy estropeado.

Dio cuerda con la manivela, tomó el brazo del *pic-up* y lo depositó blandamente sobre los surcos del disco.

La música brotó.

Era lenta, apagada, irregular, porque el disco estaba roto en algunos sitios, pero Priscille podía reconocerla fácilmente. Era la misma música de los árboles, la que ella escuchaba en el río. Poco a poco se fue sintiendo absorbida por ella.

Los minutos pasaban sin que Priscille se diese cuenta.

La luz de la bombilla polvorienta parecía alejarse, extinguirse, brotar de nuevo...

El viento seguía silbando por las rendijas de las puertas.

De pronto la música cesó, y el silencio se hizo espeso y angustioso en torno a la niña.

El silencio...

Su viejo enemigo que la llenaba por las noches de secreto terror, cuando con gusto hubiera pedido socorro...

Fue entonces cuando oyó aquellos pasos.

Los pasos lentos, solemnes, que avanzaban por el viejo pasillo de tablas.

La niña contuvo la respiración.

Sabía que era *ella*, que era la mujer del cuadro. Venía a visitarla.

La puerta se abrió lentamente, muy poco a poco, con un largo quejido de goznes.

La niña no se atrevía a volver la cabeza, pero tenía los ojos espantosamente fijos en el largo espejo del tocador, en cuya superficie se reflejaba la puerta.

Y fue en ese cristal donde vio igualmente la figura de la mujer del cuadro. Su figura alta, erguida, negra.

Con el puñal en la mano.

Sonriendo...

CAPÍTULO XIV

Era extraño, pero ahora Priscille no tenía miedo. Aquella visión espantosa le había helado la sangre de tal modo que no sentía nada, ni siquiera temor.

La mujer que tenía ante los ojos era exactamente la del cuadro. Su cuchillo también.

Los ojos diabólicos, escrutadores, la obsesionaban tal y como miraba la mujer muerta retratada en el vestíbulo.

Era la misma figura que ella había visto entre los árboles, pero ahora estaba espantosamente cerca.

El pensamiento de que ella iba a morir no penetró en el cerebro de Priscille. Era demasiado niña para darse cuenta de todo el horror y toda la angustia que aquella situación encerraba. Pero de pronto la mujer levantó el puñal, y entonces algo se rompió de pronto en la garganta de la niña.

Pareció como si la idea de la muerte penetrara en su cerebro por primera vez.

El chillido horrible, angustioso de Priscille, llenó la habitación entera.

Con los ojos cerrados, con la garganta tensa, chilló y chilló, hasta enronquecer, hasta volverse loca, como si sintiera que la hoja de acero penetraba en su carne.

Pero de pronto cesó de gritar.

Las cuerdas de su garganta parecían haberse roto. En sus propios oídos sonaba una sinfonía espantosa.

Cien uñas afiladas parecían haberse clavado en su carne.

Sentía el dolor en sus mismas entrañas, en sus propios dientes.

De pronto unas manos se posaron sobre ella.

Priscille sintió el horror, notó la presencia obsesionante de la muerte.

Se defendió con lo único que creía tener en estos momentos. Con sus puños cerrados.

Y oyó frente a ella un grito de dolor.

De pronto abrió los ojos con asombro, mientras sus dedos se manchaban con algo viscoso y caliente.

Vio que un hombre se retiraba vivamente, mientras se llevaba la mano

izquierda al brazo derecho. Por entre los dedos de aquella mano resbalaban cinco ríos de sangre.

Priscille hubiera querido gritar, pero no lo logró.

¡No podría gritar nunca!

Su garganta parecía deshecha, rota.

De pronto la niña abrió su mano derecha, con un gesto instintivo, y el cuchillo que descansaba en ella cayó pesadamente al suelo.

La casa parecía haberse llenado de pasos veloces, de gritos angustiosos.

El hombre al que ella acababa de herir hizo un gesto para que nadie se acercara a la niña.

Era el policía a quién ella vio la noche del crimen. El mismo inspector que luego la había estado interrogando cariñosamente.

Gritó:

—¡No os acerquéis aún! ¡Quietos! ¡Esta niña va a desmayarse!

En efecto Priscille tenía los ojos en blanco, al mismo tiempo que notaba como si todo diera vueltas vertiginosas en torno suyo.

De pronto echó la cabeza hacia atrás.

No veía nada. Y solo oía voces lejanas, difusas.

—¿Pero qué ha ocurrido?

Era la voz de Ellen.

—La he oído gritar como una loca —explicaba el policía—. Yo vigilaba la casa sin ser visto, por si ocurría algo. Casualmente estaba cerca de aquí y he entrado por una ventana de las buhardillas. La niña tenía ese puñal en la mano. Apenas he intentado acercarme a ella... ¡ha querido matarme! ¡Si no llego a apartarme a tiempo me atraviesa el corazón!

—Pero no es posible...

—¡Esta niña está loca... Ahora me doy cuenta de todo... ¡es una loca asesina!

La voz de Ellen volvió a llegar desde muy lejos.

—¡Dios santo! —balbució.

Y la garganta de Priscille pareció resucitar entonces. Otra vez chilló como si estuviera poseída por el demonio. Las manos manchadas de sangre arañaron sus cabellos. Las facciones desencajadas se aplastaron contra la pared más próxima. Mientras chillaba y chillaba sus ojos desencajados se llenaron de horror, de desesperación, de muerte...

—Bruscamente su cabeza volvió a caer otra vez de lado y la niña quedó sin sentido...

* * *

La noche flotaba sobre la vieja casa, sobre la hiedra oscura, sobre las piedras que parecían dormir un sueño de siglos.

Todo era silencio en torno a los prados quietos, sobre los que

descansaba el río.

Ellen estaba pálida como una muerta. Sus manos temblaban y su voz era un sollozo cuando susurró:

—Ahora ya es definitivo. Ahora sabemos que nada salvará a Priscille.

Johnny musitó:

—¿Van a llevársela?

—Esta misma noche. La policía ya da por seguro que ella mató a Peter. Da como cierto también que es una pobre desequilibrada. La niña se ha cansado de repetir que vio a la mujer del cuadro avanzar hacia ella, y que fue esa mujer la que le puso el cuchillo en la mano derecha. Ella dice que no sabía lo que hacía cuando intentó defenderse con los puños... Pero los hechos están ahí, y estas pruebas hablan más que las palabras... Sé que van a llevársela, Johnny. Van a llevársela y ahora todo será distinto.

Johnny, que había regresado de Eton poco antes, tenía los puños apretados y la mirada perdida.

—Dios mío... —susurró.

—Ahora ya no la tendrán en observación en una simple clínica médica —susurró Ellen—, sino en un manicomio controlado por la policía. La pobre niña se volverá loca de verdad... Sé que allí acabarán de matarla.

—¿Estás segura de que ella no vio a esa mujer?

Johnny no sabía por qué preguntaba aquello. No sabía por qué, la cabeza le daba vueltas.

La voz de Ellen, suave y dolorida, pareció llegar desde otro planeta.

—¿Cómo iba a verla? ¡Esa mujer no existe! ¡Es la maldición de nuestra familia lo que ella sufre!

—¿Entonces das por descontado que está loca?

—¿Qué puedo creer, Johnny? ¿Qué puedo pensar?...

La voz de Ellen era desesperada. Su expresión se había vuelto patética.

—Debemos saber si lo que Priscille dice es cierto.

—¡Pero si la han interrogado durante horas y horas! ¡Y ella no sabe decir otra cosa...!

—Quizá esa mujer existe.

—Johnny, por favor, no me vuelvas loca a mí también...

Johnny la miró.

Deseaba creer en aquella mujer, quería pensar que ella no le engañaba.

Porque si esta joven era falsa, Johnny sentiría como si en torno suyo todo se desmoronase.

Necesitaba creer que todo obedecía a una macabra maldición y que Ellen era inocente.

—¿Cuándo vendrán a llevarse a Priscille? —musitó.

—Esta noche. La policía esperaba la orden judicial, y dentro de una hora la habrá obtenido.

—¿Pero por qué tanta prisa?

—Green que Priscille necesita cuanto antes asistencia médica. Y así ellos dan también carpetazo al asunto y salvan su responsabilidad. Para la policía es un caso resuelto.

Johnny sentía como si todo diera vueltas en torno suyo. Le dominaba el vértigo.

Hasta este momento Priscille no había caído entre las zarpas de la Ley, pero cuando ésta empezase a mover sus engranajes la niña estaría perdida. Si entraba en un manicomio por orden judicial ya no saldría más de allí. ¿Pero cómo evitarlo? ¿Cómo demostrar que lo que Priscille decía era verdad, que aquellas horribles visiones existían?

No le quedaba más que un remedio, y era tratar de descubrir algo en el poco tiempo que mediaba entre este minuto y aquel otro minuto fatal en que la ambulancia vendría a llevarse a Priscille. Hallar alguna pista, algo...

—Voy a hacer una cosa, Ellen —susurró—, si tú me lo permites. Quiero vagar por esta casa. Me gustaría ver hasta sus últimos rincones.

—No encontrarás nada.

—Lo sé, pero quiero intentarlo.

Se separó de ella. Nunca había sentido tal sensación de soledad y de agobio. Le parecía como si cien relojes gigantescos marcaban el tiempo y golpearan los segundos dentro de su propio cráneo.

Oyó la voz angustiada de Ellen, que le llamaba.

—¡Johnny! ¡Vuelve, Johnny!

Pero el joven avanzaba ya por los pasillos de sombras.

Vio a través de las ventanas que, en la oscuridad de los prados, una linterna le hacía señales encendiéndose y apagándose tres veces.

* * *

Había transcurrido una hora.

El silencio seguía siendo absoluto en torno a la casa, hasta que de pronto fue roto por el zumbido de dos motores.

A través de los árboles rebrillaron los faros de dos automóviles. Pronto el sonido de los motores aumentó, y los coches se detuvieron bruscamente ante la puerta de la casa.

Un grupo de hombres descendió de ellos.

Johnny, que estaba con la espalda pegada a una de las paredes exteriores de la casa, vio que uno de aquellos coches era alargado y blanco: Una ambulancia.

El otro era un patrullero de la policía.

Johnny se acercó lentamente, cautelosamente, como una sombra siempre pegada a la casa.

El inspector llevaba un brazo en cabestrillo. Le vio avanzar a la luz que llegaba desde la puerta.

—¿Qué hace aquí, señor Lionel?

—Quería ver cómo se llevan a Priscille, inspector.

—Ni que esto fuera un entierro... ¿Por qué tiene esa cara? No vamos a condenar a la niña, sino solo a curarla. ¡Mil diablos! El juez no la verá ni cinco minutos. Los únicos que van a ocuparse de ella serán los médicos.

—De todos modos quería despedirme de ella.

—Bueno, como le plazca.

El inspector se había encogido de hombros. Hizo una seña a sus hombres y entraron todos en la casa.

* * *

—¿Dónde está Ellen?

El inspector miraba a izquierda y derecha del enorme vestíbulo. Los criados estaban allí, pero Ellen no aparecía.

—Quizá haya ido a Londres —sugirió Johnny—. Es posible que quiera entrevistarse con un abogado.

—Bueno, está en su derecho. ¿Y la niña?

Johnny apretó los labios.

Había llegado el minuto decisivo, el momento en que Priscille tendría que salir de aquella casa.

¡Quizá para no volver nunca!

Él había vagado por toda la casa, había penetrado en sus rincones más oscuros y remotos sin encontrar absolutamente nada. Ahora ya sabía que nada podía salvar a Priscille.

El inspector le miraba interrogante.

—¿Sabe dónde está la niña?

—Tiene que estar en su habitación. Sé que uno de sus hombres la ha estado vigilando.

—De acuerdo, vamos allá.

Subió al primer piso. En efecto, un estirado agente de uniforme se hallaba ante la puerta de la habitación de la niña. Esta había sido mantenida en rigurosa incomunicación hasta aquel momento.

—Abra —ordenó el inspector.

El policía hizo girar la llave.

Escucharon un sollozo, y el inspector entró en la habitación, seguido de sus hombres.

Momentos después todo había terminado.

La detención de Priscille, su traslado al hospital, se llevó a cabo con una rapidez siniestra.

Priscille, hundida, sin fuerzas, con los ojos anegados en llanto, fue sacada de allí con cortesía, pero con esa siniestra firmeza con que se lleva al matadero a un animal indefenso.

El inspector gruñó:

—Podéis marcharos. El juez está esperando y decidirá enseguida a qué hospital debe ser trasladada la niña. Yo me quedaré aquí. Necesito hablar con Ellen.

Johnny seguía quieto, apoyado en una de las paredes. Sus ojos parecían no mirar a ninguna parte. No había dicho una sola palabra.

Era como una estatua.

Sus ojos se asemejaban a dos pedazos de metal.

—Eh, usted... —murmuró el inspector.

Johnny desvió los ojos.

—¿Qué quiere?

—¿No dice nada? ¿No sabe dónde se ha metido Ellen?

—No. Búsquela usted mismo.

—Quiero hablar con ella. Me parece elemental —dijo el inspector—. No quiero obrar como un policía de la Gestapo.

Johnny tampoco tenía la menor idea de dónde podía encontrarse Ellen.

La había buscado por toda la inmensa casa, sin dar con ella. Suponía que debía estar vagando por los prados, como en otras ocasiones había estado haciéndolo él, ya que no parecía estar en ninguna de las habitaciones.

¿Qué diablos le preguntaba aquel inspector? ¿Por qué no la buscaba él mismo?

Johnny se sentía como un poco aturdido. Sus propios pensamientos le hacían daño. Tenía la sensación de que el inmenso vestíbulo daba vueltas en torno suyo muy poco a poco.

Le dolía la nuca.

—La esperaré —susurró el policía—. Supongo que ella no tendrá inconveniente.

—¿Por qué había de tenerlo?

—Quiero que esté informada acerca de sus derechos —explicó el inspector—. Podrá ver a la niña siempre que le plazca, y transcurrido un año podrá solicitar una revisión de los dictámenes médicos que se hayan emitido. Es posible que para nosotros...

—Para entonces la niña estará peor —dijo suavemente Johnny.

—A usted le sabe mal que nos la hayamos llevado, ¿verdad?

—Si hubiese podido impedirlo lo habría hecho.

—Lo comprendo. No crea que a mí me resulta agradable llevar a una niña a una clínica mental, y encima sometida a la vigilancia de la policía. ¿Pero qué podemos hacer? Es el lado negro de la vida. Yo siempre digo que antes que perder el raciocinio preferiría que me cortasen las dos piernas.

Se encogió de hombros.

—Bueno, si no le importa, miraré por la casa. Puede que esa pobre muchacha esté llorando en algún sitio. No es que un policía sirva de demasiado consuelo, pero al menos quiero darle una explicación.

Poco a poco subió los peldaños. En el piso superior, todo estaba sumido en penumbra.

¿Por qué aquella sensación de frío que le llegaba hasta los huesos? ¿Por qué aquella horrible idea de que aún el misterio seguía por resolver?

El inspector abrió una puerta.

Nada.

Abrió otra.

Era una sala bien amueblada, en uno de cuyos ceniceros flotaba el humo de un cigarrillo encendido.

Eso llamó la atención del inspector, que entró en la habitación.

Alguien cerró la puerta de esta tras él. Lo hizo poco a poco, muy poco a poco, mientras los goznes emitían un chillido metálico.

CAPÍTULO XV

El policía giró sobre sus talones.

Una palidez cerúlea invadió su rostro.

Sus labios se entreabrieron, pero de ellos no brotó un solo sonido.

Era un hombre acostumbrado a todo y sin embargo el horror le atenazó, hizo que su espina dorsal se viera recorrida por un espantoso calambre.

Sus ojos se negaban a creer lo que estaban viendo, y su inteligencia le decía que aquello tenía que ser por fuerza una pesadilla espantosa.

Pero no lo era.

La mujer había cerrado la puerta con la mano izquierda, mientras su derecha empuñaba el puñal.

La mujer del cuadro. La vieja asesina que él había visto entre las pinturas del vestíbulo.

Estaba allí y le miraba quietamente, con ojos que fosforecían. La mano derecha movía el puñal de un lado para otro, muy suavemente.

Entonces se dio cuenta el policía de que había cometido un error. Se percató de que Priscille no estaba loca, sino que había dicho siempre la verdad.

¡Aquella figura fantasmal existía! ¡Era ella la que cometía los crímenes!

El policía había quedado sin respiración, pero su, cerebro trabajaba a una velocidad de vértigo.

Él no creía en las resurrecciones. Ni por un momento pensó que la mujer del cuadro había vuelto a la vida. Solamente se trataba de alguien con una notable habilidad para el disfraz... y para el crimen.

De pronto la mujer emitió una especie de chillido ronco.

¡Y se lanzó al ataque!

* * *

El policía quedó paralizado en el primer momento.

—Estaba tan asombrado que no supo reaccionar con la rapidez que en él era habitual y para la que había sido entrenado.

De pronto el puñal voló hacia él. ¡Pero la mujer, incomprensiblemente, falló el golpe!

El inspector reaccionó y fue a apresarla en una llave de judo, pero la mujer era ágil y logró zafarse de la presa echándose hacia atrás.

El inspector pensó que ahora no fallaría. Que esta vez el cuchillo se clavaría en su garganta.

Hubiera podido sacar la pistola que llevaba en su funda axilar, pero pensó que no tendría tiempo.

La mujer estaba demasiado cerca, y él no tenía un segundo que perder.

Nuevamente la fantasmal figura se lanzó al ataque, blandiendo el cuchillo... ¡y otra vez falló!

En ese momento sonó un disparo.

* * *

La mujer cayó hacia atrás, alcanzada, pero sin lanzar un solo grito. No hizo tampoco ningún gesto de dolor; diríase más bien que su expresión, de repente, se había hecho dulce y placentera.

El policía la vio caer, y vio también que la peluca que había cubierto sus auténticos cabellos rodaba por el suelo, observó igualmente que las piernas que asomaban bajo el viejo vestido eran enteramente las de una mujer joven y bonita.

No le costó trabajo reconocerla.

Pero para el policía aquello fue doloroso. Para él significó casi el principio de otra pesadilla el darse cuenta de que ante sus ojos tenía a la propia Ellen.

* * *

Miró entonces hacia la puerta, de donde acababa de brotar el disparo, y vio la figura de un hombre de unos cincuenta años, algo grueso, y a quién él conocía ya como “tío Edward”.

Este, con una pistola de pequeño calibre en la mano, susurró:

—Creo que le he salvado la vida, inspector. Ella iba a marcarle bien.

—Quizá no... Quizá solo pretendía asustarme... Ha fallado dos veces de una manera absurda.

Pero tío Edward no hizo caso de aquellas palabras. Se inclinó bruscamente sobre la mujer caída.

—Es... es imposible... —susurró.

—Por el contrario, es perfectamente posible —murmuró el inspector—. Se trata de Ellen.

—¿Pero por qué? ¿Por qué?...

—No hay duda —susurró el inspector—. La niña tendrá que ser puesta

en libertad. Ahora ya sabemos que la loca es Ellen, que es ella la que cometió el crimen y la que aterrorizó a la pequeña.

Tío Edward se inclinó sobre ella.

—¡Maldita zorra! ¡Debería rematarla!

—¡Déjela! Solo está herida ligeramente. La bala le ha atravesado un hombro. ¡Necesito interrogarla!

Le hizo salir bruscamente. Luego sus ojos perspicaces se posaron en el rostro de Ellen.

Esta le miraba también, pero no hablaba. Cualquiera hubiese pensado que no tenía nada que explicar. El inspector se mordió los labios, vio que la hemorragia era pequeña y que la vida de la mujer no corría ningún peligro de momento, y salió de la habitación en busca de un teléfono. Sabía que encontraría uno en la planta baja. Necesitaba llamar una ambulancia.

Ahora estaba seguro de que el caso no presentaría nuevas dificultades. Todo estaba resuelto y la historia era fácil de explicar. Pero, cosa extraña, detener a Ellen, y hacer quizá que la condenasen a cadena perpetua, le dolía tanto como el haber llevado a la niña a una clínica mental.

Mientras tanto, en la planta superior, tío Edward encendía un cigarrillo con movimientos pausados. Se le veía cansado, muy cansado. Parecía como sí, de repente, toda la pesadumbre de aquella noche se hubiera aplastado sobre su cráneo.

De pronto una voz musitó junto a él.

—¿Satisfecho, tío Edward?

Él se volvió.

Johnny le miraba desde las sombras. Su rostro era inexpresivo; era como una máscara.

—Hola, muchacho. Sí, estoy satisfecho, pero nunca hubiera podido imaginar que Ellen fuese la autora de todo esto. En según qué aspectos, la historia es demasiado siniestra para pensar que pueda ser cierta.

—Lo es, tío Edward.

—De todos modos ya ha llegado a su fin. Ahora la policía cerrará el caso definitivamente. Esa pobre muchacha tiene una mentalidad retorcida y angustiosa. Es la heredera de la trágica maldición de su familia.

Johnny no dijo una sola palabra.

Abrió la puerta.

Ellen se incorporaba penosamente, llevándose la mano al hombro herido. Sus ojos extraviados miraron un momento la figura del hombre.

Balbució:

—Johnny...

Y perdió el sentido.

Johnny apretó los labios.

Se dio cuenta de que ella no iba a morir. Era una cuestión de minutos

el que recibiera asistencia, y por tanto su herida no resultaría grave. Pero el verla sufrir hizo que tuviera que cerrar los ojos, mientras por ellos pasaba una especie de sombra negra.

—¿Por qué lo hiciste, tío Edward? —musitó.

—Ella iba a matar al policía.

—¿Es que no te has dado cuenta aún de que solo quería asustarle? ¿De qué solo pretendía convencerle de que la culpable era ella? ¡Dios santo! ¿No ves que lo ha hecho por salvar a la niña?

Tío Edward se apoyó un momento en la pared, hundiendo su rostro en una zona de sombras.

—¿Qué dices, muchacho?

—Debiste esconder mejor esas ropas, tío Edward. Las que encontraste en uno de los viejos desvanes y empleaste para disfrazarte. ¿Por qué no me has dicho que fuiste en Australia un excelente actor, tío Edward? ¿Por qué no me confesaste que no tenías ni un penique y que ésta era tu última oportunidad?

—¿Qué... que dices?

En la oscuridad, tío Edward emitió una risita ronca.

—Tú estás loco, muchacho. Loco como esa pobre mujer...

—No, tío. Desgraciadamente ahora lo veo todo con una claridad total, aunque bien quisiera no verlo. Tú comprendiste que si la pequeña Priscille era declarada incapaz, tú heredarías su fortuna.

—Pero... ¡pero definitivamente ahora veo que estás loco, Johnny! ¡Si la heredera es Ellen!

—No. La madre de Ellen dejó parte de su fortuna, no toda, pero sí una parte capaz de despertar la ambición de un hombre como tú, al hombre a quién amó, es decir, a mi padre, o al familiar más inmediato que entonces viviese. Ese familiar más cercano eres tú, puesto que yo no había nacido aún. Lo he sabido por medio de un amigo empleado en los tribunales a quién solicité una investigación que a la policía no se le había ocurrido, dando por supuesto que las herederas eran Ellen y la niña. Hace poco me citó junto al río haciéndome señales con una linterna, y entonces me enteré de todo. Supe la turbia y sucia maniobra que habías realizado para que declararan incapaz a esa pobre niña, para que la encerrasen durante toda su vida. La fortuna no hubiese pasado a ser tuya aún, pero hubieras podido administrarla. Para ti era bastante.

Había dolor en la voz de Johnny, una pena honda, que no quería disimular. No vio la expresión torva del hombre que tenía enfrente, ni vio tampoco que la mano derecha se movía con rapidez en busca de su arma.

—También para desorientar, simulabas una cojera que tenías curada hacía muchos años.

—Lo que siento es no haber llegado a tiempo de impedir que culminaras tu comedia disparando sobre Ellen... —susurró.

Y en aquel momento sus nervios se crisparon ante el peligro. Su rostro cambió. Dio un salto de costado, con fantástica velocidad, mientras la bala pasaba silbando junto a sus costillas.

—¡No seas imbécil! —masculló—. ¡No quiero mat...!

Pero no pudo terminar la frase. Se dio cuenta de que el otro iba a disparar de nuevo. Apretó los dientes con un gesto desesperado, mientras movía la mano derecha.

Un terrible golpe de kárate, aplicado en la mejilla del asesino, le hizo lanzar un aullido de dolor. Tiró al aire, sin darse cuenta de que el impacto le había dejado momentáneamente ciego. Un nuevo golpe, este en la parte anterior del cuello, le hizo escupir sangre y saltar hacia atrás, proyectándose contra una de las ventanas.

Los cristales cedieron al peso de su cuerpo. Cayó con estrépito desde el primer piso, aunque sin herirse gravemente. Sin soltar su pistola echó a correr hacia el río, mientras el inspector de policía, que acababa de telefonar desde la planta baja, corría a su vez tras él.

Tío Edward disparó. El policía tuvo que arrojar a tierra para esquivar los balazos.

—¡Deténgase! ¡No podrá atravesar el río! ¡Quieto...!

El asesino no le oía. Corría ciegamente a través de los prados silenciosos, creyendo que su salvación estaba en la distancia.

Y de pronto se oyó un rugido.

El fugitivo, entre la oscuridad, no se había dado cuenta de que un cable acababa de desprenderse de un árbol. No recordó la instalación de altavoces ocultos entre la maleza, de conductores eléctricos que hábilmente había ido tendiendo, durante las noches, para que en un momento determinado la niña oyera una vieja música... ¡la música de que le había hablado el ex criado Pat, el antiguo marinero a quien conoció en uno de sus viajes!

El fugitivo cayó a tierra. El cable se había enredado en su cuello. Era delgado, fino y duro como los anillos de una serpiente.

El rugido se repitió.

Aquel cable penetraba en su piel. Le ahogaba... ¡Le hacía sentir en su cuello la presión implacable de la horca!

El lamento sonó en la noche por tercera vez, pero ahora ya mezclado a un estertor agónico.

Cuando Johnny y el policía llegaron hasta allí, el asesino ya había muerto.

Su mano derecha aún sostenía el arma.

En su cintura había dos puñales imitando al que empuñaba la mujer del cuadro.

Johnny desvió la mirada.

En sus ojos había una sorda pena. Sus facciones se habían vuelto grises.

—No lo entiendo... Supongo que todo esto tendrá una explicación — balbuceó el policía.

—La tiene, y además le mostraré las pruebas. Además no hay ningún caso de locura en la familia. Pero ahora debemos ocuparnos de Ellen, inspector. Ella es lo más importante en este momento. Estaba dispuesta a sacrificar su vida por salvar la de la pequeña. Quiero ser yo quien la acompañe al hospital y quien...

El inspector murmuró:

—Estoy enterado de la historia de la postal, amigo. De la que tardó tantos años. Supongo que en este caso ustedes no necesitarán escribirse.

—No —musitó Johnny—. Seguro que no hace falta.

Yo los dos echaron a correr hacia la casa.

FIN

EL FIN DEL MUNDO



Quizá la fecha esté muy próxima a nosotros. Los científicos que trabajan para la guerra pueden provocar la hecatombe final.

Basta con que alguien oprima un botón en Washington o en Moscú.



MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



EL YOGA



Usted quiere ser feliz; pero, ¿qué hace para conseguirlo? Probablemente, nada práctico. Le gustaría dominarse a sí mismo, eliminar sus alteraciones nerviosas, apartar ese cansancio que le deja la jornada de trabajo...

y tantas otras cosas.

MARABUZAS





COMO OPERA EL F. B. I.

Todos tenemos una idea de qué es y cómo opera la más eficaz organización creada contra el imperio del crimen.

Ahora bien, ¿corresponde nuestra idea a la realidad? ¿No será ésta más emocionante todavía que la ficción?

En estas páginas están los hechos auténticos.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

La revista de la canción

6 pesetas todas las semanas



es fans...tástica



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (ESPAÑA)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundador* • 1823